



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 13 de Febrero de 1913.

Núm. 7.

CARTA ABIERTA

El homenaje á Nakens

Mi querido amigo señor Nakens:
Ideal, de Zaragoza, propuso que se le tributase á usted un homenaje, por bueno, por librepensador y por abnegado.

No sé cuántas publicaciones, entre otras el diario *El Progreso*, se a hirieron con entusiasmo y fervor á la idea del periódico zaragozano.

Muchos más á centenares, hubieran sido las publicaciones y las entidades que la tan feliz como justa idea se habrían sumado jubilosas, á no oponer usted el terrible y categórico *non possumus* de su modestia ingénita.

Bien está: el rasgo de usted es suyo, muy suyo.

Los andaluces somos así de espléndidos, de desprendidos, de altruistas...

Y porque es lo último en grado superlativo, yo le pido á usted que acepte el homenaje por *Ideal* propuesto.

Sus razones para la negativa, señor Nakens, amigo Nakens—lo que á usted mejor le suene—no me han convencido.

Lo ha dado usted todo por la idea: inteligencia, juventud, salud, libertad y vida.

Le queda á usted todavía un postrer sacrificio que hacer: el de su modestia.

Y usted hará ese sacrificio, no en holocausto á la exaltación de su persona, sino en beneficio de la idea acariciada toda la vida con ansias de amor purísimo, en provecho de la patria que quisiéramos ver grande, libre, justa y humana en su régimen, al cerrar para siempre los ojos á la luz de la vida.

Yo propongo á los iniciadores del homenaje á Nakens la siguiente forma de realizarlo:

Donde quiera haya un amigo de usted, que ponga su firma en un pliego de papel bajo la siguiente cabecera:

A Nakens

y que á su firma añada 10 céntimos de peseta para socorrer á los presos por delitos políticos y sociales.

Los periódicos, las sociedades de todo género y tendencias, las Logias masónicas, las agrupaciones de obreros, en las cuales cuente usted *devotos*, encabezen esos pliegos, recojan esas monedas expresión de una hermosa solidaridad humana y envíen á usted los pliegos con las firmas y las pesetas que ellas representan para que usted las haga llegar á manos de los que por la Libertad se ven privados de ella y han condenado á la falta de pan á sus familias.

Al pan de San Antonio, sustituyamos un punto, un solo día el pan llevado á los hogares de los presos por José Nakens.

¿No es verdad que acepta usted este sencillo y filantrópico homenaje?

Sí, señor Nakens. No será vanidad ni implicará petulancia, sino altruismo hu-

mano, dar su nombre para una obra de solidaridad con los desgraciados. ¡Lo ha hecho usted tantas veces!

La ocasión, el momento del homenaje, no puede ser más oportuno.

Resucita el período de los apóstólicos tremolando una bandera tinta en sangre inocente, á la que apostrofó la Europa culta creyendo que era la enseña de España.

Viene una terrible represión clerical en consorcio con un orgullo satánico sobre nosotros.

Todo, libertad, derecho, civilización está aquí en entredicho.

Se ha hablado de que el pueblo con su sangre formaría una alfombra para que pasaran los tiranos.

Es preciso, si el caso llega, que no tomen pasaje de ida y vuelta.

Para evitarlo, para impedirlo, todos los liberales debemos formar el cuadro.

Y en su centro debe figurar usted por tantos conceptos acreedor á ser reputado por el primer luchador en pro de la libertad de la conciencia, la primera de las libertades, y por la libertad civil, su complemento extorno.

Sí; como no dudo se allana usted á esta forma de homenaje, no á su persona, sino á las ideas que con usted compartimos a los millones de españoles reproduzca—honrándome—estas líneas en *El Motín*.

Después de ello que las entidades, los periódicos, los grupos obreros, los individuos—donde no hubiera más que uno ó pocos—cumpian con su deber.

A firmar los pliegos.

A Nakens

y á entregar cada firmante diez céntimos para aquellos hermanos nuestros que gimen en la ergástula por querer para todos más justicia, más libertad, más pan.

Y para terminar, amigo Nakens.

No me agradó nunca engalanarme con plumas ajenas, y menos lo haría en la ocasión presente en la que es requerida la acción personal de cada uno.

La idea de este artículo no es mía; pertenece por completo á la abnegada compañera de mi vida tormentosa de impenitente enamorado del ideal.

Por voluntad y á iniciativa de una mujer, le pide á usted que acepte sin reparos el homenaje propuesto.

Su atento seguro servidor y amigo.

CRISTÓBAL LITRÁN

Barcelona.

Respuesta

Querido y antiguo amigo Litrán: Ante todo, sírvase usted ofrecerle mis respetos á esa noble señora que le inspiró la idea que expone en la hermosa carta anterior, por lo bien que me conoce sin haberme hablado nunca.

No publiqué su Carta inmediatamente

que la leí, porque me había propuesto no volver á hablar de lo del Homenaje, y porque, aprobar la forma en que usted proponía que se me rindiese, hubiera equivalido á consentirlo. Además, tenía ya tomada la resolución que al fin ha de prevalecer.

Desde que vi que se habían abierto suscripciones para ofrecermela una plancha de plata en que apareciese grabado el primer artículo de *El Motín*, y si sobraba algo, que se empleara en comprar libros míos para propaganda, díme á buscar el medio de que todos quedáramos bien, sin rectificarnos ninguno: el periódico *Ideal*, los que le secundan y yo.

Y lo encontré. Y es este:

La Cruz Roja

Todos los ejércitos del mundo civilizado tienen establecida esa Institución para recoger heridos é inutilizados en la pelea, y dar sepultura á los muertos.

El republicanismismo, ó no es nada, ó es un ejército constantemente en guerra de avance hacia los ideales de Progreso.

En esta lucha caen á menudo en cárceles y presidio unos combatientes, otros tienen que emigrar, algunos agonizan en la miseria.

¿Por qué no instituir nosotros LA CRUZ ROJA REPUBLICANA, que nos permita tender orgullosamente la mano y pedir con la frente muy alta lo que se necesita para auxiliar á los que caigan fatigados ó heridos en la lucha y dar honrosa sepultura á los que finquen muertos?

¿Y por qué no dedicar á ese objeto la cantidad íntegra que para mi Homenaje se reuna (homenaje que dí por recibido al enterarme de que lo merecía, pues para mí merecer es alcanzar), concediéndome el alto honor de encabezar yo la suscripción? ¿Y cuál mayor que ese podría nadie rendirme?

Queda, pues, la suscripción abierta.

La Cruz Roja Republicana

Lista de los que contribuyen á los primeros gastos para instalarla.

	Pesetas.
José Nakens.....	250
Suma y siquiere.....	250

Favor que pido

La idea está lanzada. Queda ahora la parte más espinosa.

¿Quién organiza entre nosotros esa

Sociedad? Yo no tengo tiempo, y además no sirvo. Afortunadamente cuento con amigos en todas las fracciones en que estamos divididos, y que seguramente me concederán el favor y el honor de hacer suya la idea.

Y allá van los nombres de aquellos en quien primeramente he pensado.

Miguel Moya.

Benito Pérez Galdós.

Rafael Salillas.

Horacio Echevarrieta.

Pedro Niembro.

Rafael Ureña.

Emilio Merénlez Pallarés.

Gabriel Alomar. (A este no lo conozco personalmente, mas téngolo por amigo espiritual.)

Fijándose bien en la situación política actual de cada uno, se verá que he procurado que concurren a esta obra todas las tendencias republicanas, así como a la Cruz Roja oficial pertenecen hombres de las opiniones más encontradas.

Si todos, como creo, están conformes, y se unen, y confeccionan un Reglamento, y se distribuyen los cargos, y comienzan a funcionar cuanto antes, harán una obra grande, infundirán alientos a los que luchan, y desmentirán a los que afirman que los republicanos no podemos entendernos para nada.

Mandaré un ejemplar de este número a cada uno, rogándoles que me dispensen si no me dirijo a ellos con el obligado B. L. M. y la indispensable Circular. Si lo que se haga lo han de hacer ellos, yo no tengo nada que decirles después de haberles comunicado la idea.

De todos los nombrados en este artículo affmo. amigo y correligionario,

JOSE NAKENS

Vacantes sin cubrir

Aquí, en España, donde se cubren las vacantes antes de ser enterrados los que ocupaban los cargos;

Aquí donde por cada jefe de partido que muere brotan dos ó tres;

Aquí donde por cada orador que acaba surgen seis que empiezan;

Aquí no se han cubierto todavía las vacantes que Costa dejó como patriota, como estadista, como político, como republicano, como regenerador.

Y se explica: hombres de sus condiciones de inteligencia, carácter y voluntad nacen pocos.

A cada instante echo de menos aquel sn contundente razonar; aquel su insuperable convencer; aquel su tremebundo apostrofar; aquellas sus apocalípticas indignaciones ante la apatía é indiferencia nacional, y aquellos sus acentos viriles de condenación para todo lo cobarde, todo lo degradado, todo lo mezquino...

Pero nunca lo he echado de menos tanto como ahora... ¿Con qué poderosa energía no hubiese lanzado su formidable grito de protesta contra los que, sin haber escarmentado en la lección que él llevara

cuando pretendió salvar a España sin reparar en formas de gobierno, se acercan hoy vergonzantemente al trono invocando deberes de cortesía, allí donde él acudió con exigencias de derecho?

Para bien de esta nación desventurada, hubiese convenido que Costa viviera; para ofrecerle estos ejemplos de abdicaciones absurdas, debamos alegrarnos de que haya muerto. Hubieran sido sus últimos años más tristes aún que aquellos que precedieron a su muerte en aquel hoy sagrado rincón de Graus, que lo vió dolorido de cuerpo aunque fuerte de espíritu, casi abandonado, casi olvidado, casi pobre, después de haber crecido a su patria tesoros de ideas salvadoras, señalándole donde estaban: en la escuela y la despensa. Frase imborrable que profanaran cuantos la recitan, sin imponerla con su ejemplo y santificarla con su desinterés, como él lo hizo.—J. N.

(Ilea, Zaragoza).

FRATERNIDAD

Mientras los republicanos nos preparamos a conmemorar dignamente el aniversario de la proclamación de la forma de gobierno que nos es tan querida, reuniéndonos en fraternales banquetes, allá en un piso cuarto interior de la casa número 7 de la Glorieta de San Bernardo, se dispone a desertar de la vida al extenuante de caballería, D. Luis Pardo, sublevado en Badajoz en 1883.

E nigrado hasta 1891 en que una amnistía le abrió las puertas de la patria, encontró aquí desde que vino el apoyo y la protección de sus correligionarios, que sucesivamente, y alternando con dilatados períodos de hambre y desnudez, le fuera concediendo los empleos siguientes: ordenanza del Ramo de Limpiezas, vigilante de Consumos, Listero de obras del Ayuntamiento y otros similares, para que no echara de menos el de Coronel que hoy tendría en el Ejército, si no se hubiese sublevado.

Al enterarse ahora los concejales de que estaba enfermo de gravedad, han abierto entre ellos una suscripción para impedir que muera en el Hospital, la que ha dado el resultado siguiente:

	Pesetas.
Santos Barrio.....	5
Bonifacio Rozalén.....	5
Luis Tellería.....	5
Manuel F. L. za.....	2
José Carnicero.....	2
José Conde.....	2
Nicomedes Guizarro.....	2
A. R. R. yes.....	5
Isidoro Gayo.....	2
Sotero Pascual.....	2
Eduardo Trompeta.....	1
Eduardo Rosón.....	1
Lucio Catalina.....	1
V. Alvarez Villamil.....	5
Total.....	40

Ayuntamiento de Madrid

Lágrimas de ternura y agradecimiento habrían brotado de los ojos de Pardo, si han podido leer la Lista, y su corazón habrá ratificado el juramento de morir, si salva ahora la vida, defendiendo una causa que tan generosamente atiende a los que por ella sacrifican carrera y porvenir.

Desearé que pueda cumplir el juramento, al par que me complazco en reconocer que los hombres que figuran en el republicanismo no olvidan a los que por el triunfo de nuestros ideales se sacrifican, ni aun en los momentos en que se entregan regocijados a la conmemoración de nuestras fechas gloriosas.

Fecha gloriosa

Si Francia celebra anualmente su 14 de Julio (toma de la Bastilla), é Italia su 19 de Septiembre (entrada en Roma), ¿por qué nosotros los españoles no hemos de celebrar el 11 de Febrero, fecha más gloriosa que aquellas dos, puesto que derribamos la Monarquía sin el más pequeño esfuerzo y sin derramar una gota de sangre?

¿Por qué no hemos de ensalzar y ensalzar a los héroes inmortales de aquella grandiosa y nunca vista ni soñada epopeya?

¿Por qué...

Mas ¡fuera la prosa vil! Para las epopeyas, el verso.

Musa del patriotismo, ¡inspirame!

El 11 de Febrero

Recordemos con júbilo aquel día en que el valor unido al patriotismo arrojó para siempre en el abismo a la infamia y al feo Monarca.

Cantemos con himnos de alegría aquella exaltación del heroísmo, y para dar ejemplo de civismo mezclémos el bistef con la judía.

Y empuñando con fe los tenedores,

¡juntos perecer en la demanda antes que la República se pierda, ya que somos los más y los mejores.

Y después de acabar la cuchipanda vayámonos tranquilos a la.....

Mosén Prat en la Rota

A Decano del Tribunal Supremo de la Rota.

Mi antiguo amigo y ahora dueño mío: No considerará usted fuera de propósito esta carta abierta, que viene a ser una alusión a la máxima evangélica: «lo que se os dijo al oído, publicad o desde los balcones» y un anticipo de la profecía bíblica: «de las iniquidades y chanchullos de todos los tribunales supremos convencionales, se hará revisión ante aquél otro tribunal supremísimo de la conciencia Humana simbolizada en el Valle de Josafat.»

Ante el Juez inexorable no habrá cosa inexplorable.

¿Qué es la prensa moderna más que la realización de aquel tribunal, soñado por la Sibila, hambrienta de justicia?

Aquí, pues, en este foro, le vengo á dar una noticia:

¡Ya ha muerto Mosén Prat!...

¡Yall!

Aquél de quien tantas veces se habrán preguntado los jesuitas curiales de Barcelona; ¿todavía no?

¡Yall! ya ha muerto. Y como quiera que soy moralmente testamentario suyo en virtud de mil y un poderes y mandatos aceptados privada y públicamente; y como quiera que tiene una cuenta pendiente en ese Tribunal Supremo de quien es usted cabeza nacional, comprometido y obligado por su título y por su sueldo á rendir principalmente razón de los misterios de esa Rota, á usted dirijo esta primera carta de ejecutor testamentario, reclamando el pago de las deudas adquiridas con Prat.

Es el caso, señor Decano, que hace más de dos años, ó más de tres (pues no tengo á mano mis notas) que recibí comisión de Prat para personarme en ese tribunal como lo hice en sus oficinas de la Nunciatura, á enterarme de si se había recibido cierta apelación contra ciertas providencias del obispo de Barcelona, y los autos del correspondiente proceso.

El oficial me dijo que sí, y aún me exhibió el libro de registro donde constaba.

Entre aquellas providencias había una de embargo y retención de rentas del beneficio que Mosén Prat poseía en la Merced de Barcelona, y de cuyos productos vivía. A causa de este embargo, Prat se halló en la última miseria: tanto que hubo de vivir desde aquel momento de la limosna pública, con exclusión de las eclesiásticas, pontificias, episcopales, monásticas y devotas, de quienes quedó eliminado, no ciertamente por espíritu cristiano, ya que Cristo condenó formalmente tales eliminaciones, sino por espíritu satánico, único que pone como principio de su gracia y de su justicia la *acepción de personas*.

Por efecto de la miseria y de la agudización de las enfermedades recogidas en otros procesos canónicos cuya injusticia y sevicia proclamó el cardenal Casañas, mosén Prat ha sido precipitado á la muerte. Emplazo, para el caso, al Colegio Médico de Barcelona, de quien espero la valentía demostrada en el juicio del dictamen del médico que certificó la locura de mosén Verdaguer. Moralmente no cabe duda de que estamos sobre un caso de *homicidio por inanición e irritación*, emplazo y reto á la Academia de Ciencias Morales á que se atreva á decir lo contrario). Y en cuanto á lo jurídico, los legistas dirán si cabe asignar á tal suceso el calificativo de *asesinato*.

Ya ve usted, señor Decano, que no es fruslería el negocio; y si á usted le pareciese otra cosa, lo sentiría por usted, por su cargo, por este tribunal de mi nación, y por el decoro humano.

Si la ley fallase que se trata de un asesinato (en lo cual no estoy firme) del modo claro y terminante que la moral lo declara homicidio (en lo cual estoy firmísimo), no existiendo efecto en causa, ni acto sin autor, es manifiesto que aquí hay *autores del homicidio*. En primer grado, es la enfermedad; en segundo grado, la miseria, causa de la enfermedad, en tercero, el embargo, causa de la miseria; en cuarto grado... los autores y cómplices del embargo, sus fautores, continuadores y defensores.

Y he aquí, señor Decano, el punto á donde habíamos de venir á parar, usted como

Decano de la Rota, y yo como ejecutor testamentario de Prat; usted como encarnación global y simbólica de esa cadena de causas llamadas sucesivamente proceso, autos, embargo y apelación, y yo como reviviscencia del procesado, del embargado y del apelante.

Y puestos ya mano á mano y de potencia á potencia ante los estrados del tribunal de Josafat, digo á usted, para que se entere todo el tribunal con su Presidente el Nuncio y su delegante el Papa y con sus patronos los ministros de Gracia y Justicia; y si ellos no lo oyeren, para que lo oiga Josafat entero: digo que toda aquella cadena de causas y sus efectos, en el libro de la Facultad Médica se sintetizan en una palabra: *«asistolía»*; y en el Registro civil de Barcelona, Juzgado de la Lonja, número 63, se halla traducida esa *«asistolía»* y toda la cadena de causas precedentes, con esta frase: *«acta de defunción»*; y en el registro del cementerio se halla resumido todo en esta inscripción: *«Vía Igualdad: agrupación 2.ª, letra 30; inhumado... Mosén Prat... muerto de asistolía»*. Y se calla el resto por sobrentenderse, esto es, *«hambriento y miserable por haberle sido embargadas las rentas desde hace muchos años, en un proceso incoado en la curia episcopal de Barcelona por el provisor Palmarola y apelado ante la Rota, siendo Decano don Antonio Ruiz.»*

¿Estamos de acuerdo, señor Decano? De manera que la *apelación asistolía* es una sola cosa; y una misma cosa son el embargo y el entierro. Los embargadores son los enterradores. *El proceso es la muerte*.

Usted, más versado que yo en cosas rabulescas, sabrá apreciar si esa cadena de causas es *«una serie de hechos ordenada á producir, racional y necesariamente, la muerte»*, según tiene definido el otro Tribunal Supremo, y, más hábil que yo en lo de juzgar la ley en el acto individual, sabrá usted decidir *quiénes son los autores* de tales actos, y los grados de criminalidad de sus intenciones y circunstancias.

Ahora que ya ha muerto el apelante, pregunto al Decano de la Rota públicamente, para ver si saco mejor sustancia que de las preguntas privadas he hecho en las oficinas: ¿qué hay de la apelación? ¿Qué piensa hacerse de ella? ¿Pretende la Rota que saquemos á luz pública la historia de sus sentencias que no van á la *Gaceta*, y que exijamos de los diputados anticlericales que obliguen á llevar á las Cortes la Estadística de sus trabajos, para poder abrir, sobre su conocimiento, *el proceso al tribunal de la Rota*, ante el Tribunal de la Nación, de quien es simple funcionario *concordado y trascordado*?

Porque ese proceso de Prat no puede ser enterrado con el cadáver de la víctima. Se opondrá á ello, estoy segurísimo, el hermano, interesado en reclamar sus bienes y en defender su honor. Se opondrá todo el pueblo barcelonés, ese gran pueblo ante quien se descubren Decanos y Nuncios, obispos y presidentes Nelos y Comillas, jesuitas y Mementos. Nos opondremos todos los que estamos interesados en sacar á la luz pública los trapos de la Iglesia sucios y asquerosos según frase del Espíritu Santo, *sicut pannus nosteris menstruatae*... Y un trapo de esos es el proceso de Prat, apelado en la Rota.

Y á ese propósito digo:

¿Qué hace ese tribunal y en qué invierte su tiempo? La causa de Prat era urgentísima. Difícilmente habrá otra tan urgente. Cada día que transcurría era una in-

yección de *asistolía* que se infiltraba en su cuerpo, con daño irreparable. El entretimiento de la causa era una confirmación *pasiva*, propia del tonto pillastre, de la sentencia apelada. El hecho originario, era leve... y ¡ha terminado con la muerte más atroz!

La Rota no ignora ni puede ignorar estas circunstancias gravísimas; y por tanto, al entretener la causa, ha procedido con todo conocimiento de los efectos producidos.

Para que no pudiera simular ignorancia, publiqué el folleto *«Del riñón de la Iglesia»* con el diagnóstico y pronóstico de lo ocurrido, dos años antes que ocurriese. Lo levó todo Josafat, pues fué heredado en América y traducido en varios idiomas.

Dígame, señor Decano: ¿qué diré en defensa de ese tribunal al pueblo *«qué barcelonés?»* O pediré al señor Sol y Ortega que estudie si pueden existir aquí indicios ó pruebas de prevaricación, tanto más criminal cuanto más indefenso y apremiado estaba el apelante?

Porque ello es así, señor Decano. En estos dos años, ese Tribunal ha obrado de la Nación, incluso de Prat, y de ese pueblo barcelonés, muy lindos y muchos miles de duros, con el único fin de que se *despachara* por su orden racional la justicia: lo más grave y urgente, antes que lo menos urgente. Y esta causa no se ha despachado. ¡En dos años no le han pasado al letrado los autos!...

Para entretener esta causa, ese tribunal ha sido Supremo; para despacharla, ha sido nulo. Y la sentencia apelada háse hecho tan firme con esta dilación, que ni Dios ni el diablo pueden impedir su efectividad mortal. ¿Qué es esto, señor Decano? ¿En que país de justicia estamos? ¿Cómo se llama esto en Moral política? Y en los cánones ¿qué nombre tiene?

Y dejando para mejor ocasión otras consideraciones y resultados de esta conducta de la Rota, sobre un punto voy á citarle á usted ante el público, á saber: sobre la invocación que en aquel proceso se hace de la bula *Apostolica Sedes* á la cual ha dado vigor ejecutivo la curia de Barcelona.

Esa Bula, señor Decano, no ha obtenido el pase regio: es un documento revolucionario, antipatriótico y anarquista que ningún Estado consintió. Esa invocación es un atentado flagrante contra las Reglas de la Corona, y sobre ese punto principalmente interesa á la Nación conocer el grado de patriotismo y de españolismo de la Rota.

¿Confirma ó no, ese Tribunal, lo hecho por el juez episcopal de Barcelona?

En caso afirmativo, debe ser estudiado ese dictamen, para apreciar si están incurridos en las penas de excomunión y demás los funcionarios que lo emitan. Y en caso negativo, ese Tribunal debe pasar al ordinario el tanto de culpa resuante contra el provisorato de Barcelona, según previenen las leyes.

Tal es el atolladero en el cual se halla metida la Rota, con su proceso, que, como ve, queda insepulto y de cuerpo presente en esos estrados, y en los de Josafat.

Seguirá el silencio y pasividad de la Rota? Alá los Fiscales del Rey, el Consejo de Estado y las Cortes.

A mí no me importa ya, y á Prat le importa menos. Nos importa más lanzar al público estos hechos irritantes de la *ira popular*, de la cual se ha estado burando la Iglesia durante cinco siglos, por creer que el Pueblo era *nadie*, y ante la cual empie-

zan á descubrirse el bonete, la mitra y el birrete, los párrocos más soberbios, por ver que es ya *Alguien*.

A ese Pueblo barcelonés que ha rescatado el cadáver de Prat de las zarpas de los buitres que querían comerciar con sus huesos después de haberle extraído las carnes y corroído los humores, á ese Pueblo le digo:

«Prat ha sido víctima de una iniquidad moral enorme. Por un hecho levísimo, origen de la discusión, ha sufrido cinco años de suspensión y de retención de rentas, de miseria, de enfermedad y de muerte. Autores: toda la Iglesia, desde el clérigo de la Merced, que actuó de provocador, hasta el Papa, representado en la Rota por su Nuncio,

«La sangre de Abel clama venganza».

Y señor Decano... dígame si quiere oírlo: Josafat no es sor to... Si algún día resurge una Semana trágica de mayor ó menor cuantía de aquí para entonces le digo: Fraile Mosté... «de aquellos polvos salen estos lodos.»

Quien siembra asistolias, recoge Semanas trágicas. Y si lo quiere en latín, dicho por el Juez Supremo de todos los supremos, ahí va: «*Peperit injustitiam; et concepit iniquitatem.*»

S. PREY ORDEIX

EL PUEBLO y la propiedad territorial

(Ideas revolucionarias de antiguos gubernaментes)

A la fecha de la invasión napoleónica, los «estados» de origen feudal en la Península y archipiélagos adyacentes alcanzaban todavía la cifra de 20.428. De ellos, 6.620 eran señoríos reales ó de la Corona; los 13.808 restantes estaban en manos de eclesiásticos, formando señoríos eclesiales, eclesiásticos y de ordenes militares. La opinión y la costumbre habían reducido casi por completo el antiguo vasallaje á lo puramente económico. El total de rentas que producían á sus poseedores era de gran consideración.

Contra la proposición de García Herreros (que fué la del 6 de Agosto de 1811) sobre expropiación de los señoríos jurisdiccionales y su incorporación á la nación, varios grandes de España elevaron á las Cortes un memorial con la pretensión de que el Congreso se abstuviese de deliberar sobre tal materia, dando por razón la misma que han hecho valer en todo tiempo los intereses creados cuando una revolución más justa que ellos los llama á residencia y trata de ponerles término; que lo que se proponía, conspiraba á destruir la monarquía y disolver el Estado, rompiendo los vínculos que unían entre sí á los españoles; que no podía haber orden ni buen gobierno sin los señoríos; que la providencia que los extinguiese causaría un trastorno general y acostumbraría al pueblo á no obedecer, siguiéndose de ello la más espantosa anarquía. García Herreros, diputado por Soria, autor de la proposición, fulminó el memorial, contraponiendo la conduc-

ta de sus firmantes á la del pueblo, en aquel brioso discurso de 4 de Junio en que inicia el argumento histórico que otros diputados habían desarrollado después en el curso del debate.

Con efecto, hubo muchos, así en 1811 como más tarde, en 1820 y 1821 (al suscitarse de nuevo y con más amplitud el problema), que atacaron los señoríos por su origen, tomando un punto de vista histórico análogo al adoptado en nuestros días por el apóstol del colectivismo agrario, Henri George,—para concluir en substancia: 1.º, que la propiedad de los señoríos era un robo y no debía respetarse; 2.º, que en todo caso, esa propiedad, adquirida por los señores á título de conquista sobre los moros, quedaba transferida ahora al pueblo por el mismo título de conquista sobre los franceses.

Cuando los visigodos se apoderaron de la Península, repartióse tierra á todos ellos; pero en la reconquista cristiana contra los musulimes no sucedió así. La fatiga y el riesgo y el sacrificio de sangre y de vidas fueron para el pueblo; el provecho, las tierras conquistadas, para la clase privilegiada. Y esta iniquidad no puede sancionarse hoy, cuando el pueblo empieza á adquirir conciencia de su derecho.—Aun en los casos en que los señores tomaron parte personal en la guerra, á la cabeza de sus vasallos, y no se quedaron en la tienda del rey, enriqueciéndose á poder sólo de lionjos cortesanos, lo justo habría sido contar en el reparto con los soldados, lo mismo que se contaba con los jefes; y lo bárbaro, atroz é inhumano fué que, en vez de eso, aquellos jefes poblasen la tierra con los mismos nombres que la habían conquistado, imponiéndoles la condición de alseridos, sujetándolos á ellos y sus descendientes á ser vasallos de aquél á cuyo lado habían peleado. Es como si en la actual guerra de invasión y de reconquista contra los franceses, luego que éstos hubieran sido expulsados y reconquistado España su independencia, los generales se repartiesen entre sí las ciudades, las provincias y los pueblos y se erigiesen en señores jurisdiccionales de éstos y de los soldados que van llevado el peso de los sitios y de las batallas, exigiéndoles prestaciones personales y reales. Ese sería positivamente el caso, si estos héroes que ahora pelean contra la invasión napoleónica lo hiciesen para conservar al señor del pueblo sus tierras y su jurisdicción señorial; si resultase que iban á volver al hogar para seguir siendo sus vasallos.—Así se expresaban Luján, Priego, Cuesta y otros. «En este momento en que se va á consolidar el imperio de la justicia y de la ley; en estos días en que comienza á levantar cabeza y á respirar el oprimido pueblo, en que ha recobrado su libertad y sus derechos imprescriptibles, ¿nos mos raremos sordos á sus justos clamores? ¿Prestaremos oído á los que pretenden la propiedad de bienes aliengados en medio de convulsiones y guerras dionísicas excita las por ellos mismos, y protegeremos á los que se han apoderado de

haberes y riquezas de infelices y desgraciados naufragos? Bastante han padecido los pueblos, bastante han gozado los señores...» Esto decía Martínez Mirina, como conclusión de un interesante análisis sobre los orígenes de los bienes de señorío solariego ó territorial en la sesión de 6 de Abril de 1821.

Pero no sólo los señoríos tenían su origen en una usurpación, en la apropiación por uno de lo que hablan adquirido muchos, sino que además aquella adquisición había caducado por un hecho contrario al que la originó. Si con la irrupción de los moros los dueños del suelo perdieron su propiedad (decían), y por eso el reconquistador pudo hacerla suya, la habrá perdido él á su vez con la irrupción de los franceses, y la habrá adquirido el pueblo, que reconquista su patria por las armas y el trabajo. Si el reconquistador, por sólo ese título, pudo apropiarse y transmitir á otros unas fincas que no eran suyas, sin que quedasen afectas al dominio de su antiguo poseedor, hay que concluir del mismo modo que nuestro Ejército, ó sea la nación de quien es brazo, se hace dueño de lo que reconquista y podrá disponer de ello ó transmitirlo por contrato á quien le parezca. Si fué justo que se premiase á los señores á costa de los mismos pueblos conquistados por ellos, pide la justicia que sean ahora premiados los pueblos á costa de los señores, que sin ellos habrían sido subyugados. Y si por el sólo derecho de conquista, Jaime I de Aragón, por ejemplo, adquirió no tan sólo la suprema autoridad, sino que además el dominio privado de todas las ciudades, tierras y pastos del reino de Valencia, patrimonio que han de ser de la nación los pueblos que por sí mismos están ahora reconquistando y libertando del yugo francés. No hay ya que mirar atrás la lucha actual por el rescate de la independencia líquida todo el pasado y abre una cuenta nueva. No hay que decir que el pueblo fué libertado por los señores: hay que decir que el pueblo se está reconquistando á sí propio, con sus caudales, con su sangre, con sus sudores y martirios, con sus vidas, que no con las de señor alguno. Es pueril hablar de los guerreros de la antigua reconquista, cuando sus sucesores no pueden libertar la presa de entonces de las garras de nuevo enemigo; para que la dalia no sea posible, el pueblo ha tenido que lanzarse á la lucha sin que ni el rey ni los magnates estuvieran á su frente. No ha habido príncipe ni señor que haya libertado por sí una sola villa, un sólo lugar de la Península.

El argumento vicia lo mismo que para lo jurisdiccional del señorío, para la propiedad del suelo en que la jurisdicción señorial se sustentaba; apurando más, valía para todo género de propiedad privada. De ahí partió en su impugnación el diputado aragonés Vicente Pascual. Para sentar semejante doctrina (objetaba á los citados) ha sido preciso olvidar el derecho de postliminio y las funestas consecuencias que tal olvido habría de aca-

reear. Si el principio fuese cierto, todos los propietarios de heredades, casas u otras clases de bienes raíces habían perdido el dominio civil de ellos por la momentánea ocupación de los enemigos, y la nación, que los ha rescatado por fuerza de armas, podría disponer de tales inmuebles lo mismo que dispone de los que fueron enajenados de la Corona. Pero no es eso: la nación no es más sine los españoles mismos, congregados y formando sociedad; y su deber consiste en asegurar á éstos su libertad y propiedad individual y defenderla de toda agresión exterior; mientras éstos, á su vez, están obligados á contribuir con sus personas y con todos los medios necesarios para la seguridad y conservación del Estado, así en tiempo de paz como de guerra; y esto es puntualmente lo que, con proporción á su posibilidad y haberes han hecho, hacen y harán todos los españoles para sacudir el yugo francés que quiere imponérselos».

Por aquí quebraba el argumento, porque no era cierto que todos los españoles contribuyeran con su persona y sus bienes á las luchas de la independencia; porque cabalmente los magnates y señores se habían alejado prudentemente del teatro de la guerra, cediendo todo entero al pueblo el honor de rescatar á la patria su personalidad y su soberanía (1).

(1) Es este un hecho desconocido y que requiere prolija investigación. En las Cortes de 1821, el diputado por Valencia, don Francisco Ciscar, dijo ser «notoria la conducta reprensible que observaron durante la invasión de los franceses muchos de los denominados señores, abandonando la Península y poniéndose en salvo con todas sus familias en Mallorca, Gibraltar, Cádiz y otras partes; y sugiere, en un magnífico apóstrofo, el derecho del pueblo, no sólo á privar á tales señores, sino que á extrañarlos de la patria (sesión de 25 de Marzo de 1821; *Diario cit.*, núm. 28, edición de 1871; t. I, pág. 677). Otro miembro de las mismas Cortes D. Guillermo Oliver, diputado por Cataluña, después de hacer mérito de los sacrificios hechos por los artesanos, comerciantes, labradores y otras clases inferiores, exclama: «¿Y los señores? Fíjate, acuerdo me amarga mucho en este momento. Puedo decir de mi provincia que cuando regresamos á nuestros hogares, después de haberlos destruidos, erras dos nuestros edificios, talados nuestros campos tuvimos que agarrar los atraños de derechos señoriales de la época de la dominación enemiga, en que, á impulsos de nuestra lealtad, abandonamos nuestras casas. ¿Y á qué éne? A personas que vivieron entre los enemigos...» (Sesión de 26 de Marzo de 1821; *Diario cit.*, núm. 29, pág. 700). En una *Memoria económica política sobre los señores y grandes propietarios*, impresa en Salamanca en 1818, cuya soltura de estilo y abundante erudición le da la denominación como obra de perona muy versada en letras humanas, se dice lo siguiente con referencia á la invasión francesa: «Una de las mayores obligaciones de los señores era defender á sus señores, porque ellos y sus cosas eran guardados por éstos. Ahora bien; la España se vio acometida del modo más vil, inundada de tropas con el fin de conquistarla, las que les ejercían su ranciedad sobre todos los pueblos. Era esta la ocasión de que es apreciable. Señores debían tratar de la defensa de sus vasallos ponerse al frente de ellos y acometer al enemigo común, como hacían igual caso sus mayores; pero estos hombres, por lo común efemina-

Todavía, independientemente de este hecho, no faltó en las Cortes quien se adelantara á la consecuencia del diputado aragonés, saliéndole valientemente al encuentro, y aceptándola en nombre de la razón, sin arredrarse por ello. Tal fué Francisco Martínez Marina, diputado por Asturias, poco devoto de la institución de la propiedad, la cual consideraba él como pura «obra de la ley». El insigne repúblico é historiador tomaba como punto de partida el principio, y lo aplicaba á las fincas, tierras y prestaciones de los señores señoriales ó territoriales con igual derecho y por el mismo título que había sido aplicado á los señores jurisdiccionales y á las prestaciones anejas á ellas (propiedad, decía él, como cualquier otra) y á las propiedades de los monjes; por el mismo título y con igual derecho (añadía) con que se hará acaso mañana con las propiedades de las Corporaciones eclesiásticas, agregando o todo á la masa de bienes nacionales. «La Nación y el Cuerpo legislativo que la representa, debe proteger la propiedad, así como la libertad y la vida de los ciudadanos, defenderla de todos sus enemigos, interiores y exteriores, y no consentir que ninguno en particular sea osado á violar aquellos sagrados derechos. Pero el legislador y la ley, no están sujetos á la propiedad; ejercen su imperio sobre ella, y pueden, por medios directos ó indirectos, alterarla, modificarla ó disponer de aquellos derechos, si así lo pidiese la salud pública. La ley, ¿no exige continuos sacrificios de una parte de las propiedades de los ciudadanos? ¿No consagra al bien público la más preciosa de las propiedades, que es la vida?» En este punto, Martínez Marina emprende un estudio histórico muy notable contra los señores, abogando por que se escuchasen «los justos clamores del opinado pueblo, en estos días en que comienza á respirar y á levantar cabeza».

Por las mismas razones de conveniencia y utilidad pública con que el Congreso despojó á los monjes y despojó á acaso mañana á las Corporaciones eclesiásticas de sus propiedades, aplicándolas al Estado...» decía, según acabamos de ver, el esclarecido fundador de la escuela histórica del Derecho público en España. El caso previsto no se hizo esperar más de 14 20 años (decretos y leyes de 1835-1841); y un escritor ilustre, Jaime Balmes, presbítero también, advertía á los diputados que condenar la propiedad del clero era tanto como condenarse á sí propios, como condenar la propiedad de los particulares.

«Una vez atacado un género de propiedad, decía, ya no es posible defender

des y degenerados, unos se huyeron á Ceuta u otros á otros seguros, y otros permanecieron tranquilos en sus casas, esperando la suerte de la guerra: muy pocos se presentaron al ejército. Etc.» (Biblioteca Nacional, de Madrid; Variora, Bernardo VII, paquete 76 de los en curso, carpeta primera. —Firma: «un ciudadano deseoso del bien general»).

las otras: el principio sentado para legitimar la invasión de la una, se extenderá igualmente á las demás... Meditenlo bien esos hombres de elevadas clases, esos ricos propietarios, esos acaudalados comerciantes, de quienes dependerá seguramente el que se lleve á efecto el despojo del clero; si desperdiciáis ocasión tan oportuna para impedirlo, como os ofrece el hallaros sentados en los escaños de las Cortes y en el momento en que el Gobierno va á consultar sobre eso á vuestra voluntad; si lo provocáis, si lo consentís, y si en alguno de los torbellinos de la revolución se levantan un día millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la tea incendiaria; si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulación y de la más equitativa distribución de las riquezas, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿qué les diréis? Al tribuno que acaudille á la turba feroz, ¿qué le responderéis cuando os recuerde lo que hicisteis con el clero? Su lógica será terrible, por que estribará en vuestro propio ejemplo; él os podrá decir con toda verdad: «yo os despoje, y vosotros me lo habéis enseñado.»

Por los días en que el insigne filósofo catalán dirigía tan ardorosas y alarmantes amonestaciones á los diputados, relacionando la inminente expropiación del clero con la plausible y más ó menos remota de los particulares, sin lograr convencer ni atemorizar á la mayoría, —un eminente economista asturiano, Alvaro Florez Estrada, que había propuesto en vano que los bienes expropiados al clero no se redujesen á propiedad particular, sino que se nacionalizase su dominio, para darlos en arriendo enfiteutico, divididos en lotes proporcionados á lo que cada familia pudiera labrar, —acababa de fundar su doctrina colectivista, conforme á la cual el suelo no es susceptible de propiedad privada; los que se lo han apropiado cometen una usurpación; y hay que rescatarlo para todos, para la comunidad social, debiendo ser el jefe del Estado el encargado de la distribución de las tierras, arrendándolas por una renta moderada á todos los que quieran cultivarlas y en la proporción en que puedan hacerlo personalmente ó con ayuda de su familia.

Los dos, como se ve, apreciaban con un común criterio la causa de la propiedad eclesiástica y de la propiedad sealar ó laical, siquiera su apropiación fuese diferente.

JOAQUIN COSTA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODO*
POR
R. H. de Ibarreta

LIBERTAD Y A ELLOS!
D. S. PESQUER

Me he sorprendido al leer la siguiente esquela mortuoria en *El Norte de Castilla*, periódico monárquico de Valladolid:

EL SEÑOR

Don Bartolomé Pons y Meri

Catedrático del Instituto de segunda enseñanza de esta ciudad

Ha fallecido el día 6 de Febrero de 1913

A LOS 61 AÑOS DE EDAD

El Ilustrísimo señor Rector de la Universidad; el Director y Claustro del Instituto; su viuda D.^a Petra Irureta; hijos D. Enrique, D. Demófilo, D.^a Luisa y D.^a Isabel. Hermanos, Hermanos políticos; hijas políticas D.^a Dolores López Ordóñez y D.^a María Garzo Aliable; Nietos, Sobrinos, Primos y demás Parientes:

Ruegan á sus amigos asistan á la conducción del cadáver al Cementerio civil, por cuyo favor les quedarán reconocidos.

El duelo se despide en el Cementerio.

Casa mortuoria.—Gamazo, A.

Conducción del cadáver.—Hoy jueves 6, á las cuatro de la tarde.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

Es tan raro en España esto de que una familia respete la voluntad de un deudo en casos de esta índole, y que un Rector de Universidad y los profesores de un Instituto inviten á un entierro civil, que envío el testimonio de mi admiración y mi respeto á todos los que en esa esquela mortuoria figuran, y me complazco en reconocer y proclamar la viril entereza del Sr. Pons y Meri, que no vaciló á última hora como tantos otros, en hacer honor á su convicción honrada.

Ante la tumba de Costa

Lutos de corte

Ayer era el segundo aniversario del fallecimiento de Costa. A las tres de la tarde visitaba yo su tumba, en el Cementerio de Torrero.

Hacia bastante tiempo que no había estado en nuestra Necrópolis. Creo que fue el mes de Agosto cuando la visité por última vez. No fui solo. El escritor Eugenio Noel, que por una incidencia de la cruzada emprendida contra el flamenquismo, se encontraba en Zaragoza, me pidió que le acompañase. Tenía deseos de ver cómo y donde reposaban los restos de Costa; yo con gran satisfacción le acompañé. Noel y yo hubimos de experimentar aquél día los rigores de la estación. Hacía un calor asfixiante, pero el empeño era muy noble y no pusimos prisas en realizarlo.

Noel se quedó asombrado. Pero ¡ahí está Costa!—decía—al señalarle yo la losa bajo la cual se conservan sus restos. ¡Esto es inicuo!

La iniquidad era cierta. Tenía razón Noel. Tal fue la impresión que le produjo la contemplación de la tumba de Costa, que escribió un artículo, bello como to los suyos, cuyos conceptos destilaban sangre y rabia. Lástima que su extensión me impida reproducirlo aquí. Sé, que se recuerda todavía.

Dije que ayer visité la tumba de Costa. Si. Fue á las tres de la tarde. Un tranvía me dejó en Torrero y desde allí fui andando hasta el cementerio. El trayecto de carretera lo recorrí solo. Únicamente encontré á una patrulla de soldados del polvorín. El año pasado, por la tarde, recuerdo que esta carretera tan triste y solitaria hoy, estaba más concurrida. De la ciudad venían al cementerio en peregrinación imponente, cientos y cientos de almas. De los talleres, fábricas, oficinas y aulas, salieron los trabajadores, las obreras, los estudiantes, y alegres, con el espíritu invadido de esa alegría que se experimenta cuando nos disponemos á realizar alguna buena obra, á cumplir con un deber, llegaron en grupos hasta el cementerio; y primero con el sencillo acto de presencia, con la enérgica protesta después, se honró al Maestro dignamente, como merecía que le honrase el pueblo.

He penetrado en el cementerio por la puerta principal. Tampoco he advertido á nadie en el recinto sagrado. Los monumentos que el Arte construyó se alzan severos á ambos lados de la calle principal, haciendo ostentación despreciable de la vanidad humana.

Leo nombres conocidos, esculpidos en lápidas. Avío el triste abandono de unas sepulturas faltas de mano protectora. Y andando, andando, llego á la tumba de Costa. La tumba del sabio. La tumba del patriota. En mi reloj son las tres y varios minutos. Miro en derredor y no veo á ningún ser humano. Sólo cruces, lápidas, panteones. Estoy solo, pues, en

la «ciudad de los muertos», á dos pasos de donde reposan los restos del coloso.

Es nuestro pueblo digno de sus miserias.

Hubo un hombre que consagró su vida á él, despreciando títulos y grandezas. Ese hombre, desalentado, muere de «una indigestión de patriotismo», y la fiebre impresionista hace que se reúnan en torno de su cadáver millares y millares de almas. Una muchedumbre dispuesta á matar y á matarse por sus despojos. Una multitud que, como amenaza, lanza un rugido.

Los farsantes que pretenden hacer escarnio de la memoria del Maestro, concurren, clínicos, á sus homenajes, palidecen ante aquella fiera actitud, la que adoraba Costa, y luego de palidecer, huyen. La fiera hizo bien. Si el Maestro pudiera alzarse y hablar, diría: gracias.

Pero he aquí al león convertido en borrego. Ha pasado la fiebre, otras impresiones sucedieron á aquellas que lanzaran al pueblo á esos nobles gestos de rebeldía, se ha olvidado de los farsantes, que harán ya sin temor manifestaciones de su cinismo, se olvidaron hechos acaecidos, y lo que es más doloroso, se olvidó al Maestro.

¿Pruebas? Ahí la tenéis bien elocuente, en ese abandono de la tumba de Costa. Si no ya el Mausoleo proyectado, que verá construido la generación venidera, porque nosotros en los santos varones que tienen el cometido de erigirlo, apenas si confiamos; si no ya una tumba de granito que simbolice, si el artista puede, el genio de Costa, debiéramos haber visto ayer algo que demostrase el recuerdo de los que le admiraron y dijeron admirarle.

Nada. La losa quebrada y corta la á bisel, asentada con cierto desdén sobre un bastidor de ladrillo. Ni una corona, ni una cinta, ni una flor. Nada. Un solo ciudadano, modestísimo, yo, cerca de su tumba en el día de su segundo aniversario. Nadie más.

En verdad, que acudir á la tumba de Costa para mentir á las miraciones sería una irreverencia. Y atendiendo á esto, yo he celebrado en un momento de serenidad en mi espíritu, la soledad en que yace el Maestro. Si los muertos son dignos de respeto, quizá Costa merezca este olvido.

Honor á la verdad. Cuando regresaba á la ciudad, un joven portaba una corona. Le he interrogado. Esta corona, la única que ayer tuvo la tumba de Costa, procedía de la redacción del periódico *Ideal*. No sé por qué no se llevó la que acordó la Comisión ejecutiva que entiende en lo del mausoleo á Costa. Pero esta es una de las cosas que ocurren en España, sin que apenas se les conceda importancia.

La tumba de Costa, fría, muda, severa, me hizo reflexionar. Y pensé en esos lutos de Corte en que se llora á plazo fijo, fingiendo sentimientos y ahogando voluntades.

Ya en la ciudad, vi en el balcón de un Círculo una bandera tricolor con crespones. En la calle, frente á ese Círculo, tocaba un organillo aires flamencos.

MANUEL ANDRÉS

Reproduzco este artículo de *La Crónica* de Zaragoza, porque me gusta mucho, y por decir lo siguiente:

¿Para qué necesitamos los republicanos recordar á Costa, ni seguir sus enseñanzas, ni inspirarnos en su ejemplo, ni hacer sus restos, si vamos por distinto camino que él?

Para crear cada día un jefe que no haga nada; para pronunciar discursos de revolucionarismo trasnochado; para zaherirnos mutuamente; para ayudar á los liberales contra los conservadores; para banquetear y gritar, maldita la falta que nos hace recordar al que murió en Graus.

¡Habrá que vernos mañana, 11, en los restaurants, emancipados de la bazofia doméstica, comernos a bocados la Monarquía, con más voracidad que las rajadas de salchichón y la tortilla á las finas yerbas!

¡Y á los postres, embriagados de entusiasmo y de verborrea, tendrán que oír las estentóreas vivas que daremos al jefe que presida, para que traquen quina los partidarios de los otros jefes!...

¿Que la tumba de Costa está estropeada? ¿Y qué? Los muertos, muertos están. Y un partido donde van apareciendo tantos vivos, no tiene para qué preocuparse de los que fueron.

Esto no obstante, declaro que me he enristecido un poco al enterarme de que en el segundo aniversario de su muerte se haya visto Costa tan solo. Porque me he dicho: «Pues si esto hacen con él, ¿qué no harán conmigo?»

Pero á bien que me he consolado pronto, por haberseme ocurrido una idea salvadora, que pondré en práctica inmediatamente: dedicarme desde mañana á hacerme rico sin reparar en medios; dejar una renta de dos mil duros, para que en todos los aniversarios de mi muerte puedan reunirse á merendar en los alrededores del Cementerio civil del Este mis correligionarios. Y con esto no me verá seguramente ningún año solo.

Costa les ha dejado únicamente alimento espiritual; yo, más práctico, cómo lo prueba el que he pensado á última hora en hacerme rico, les dejo asegurada una merienda.

Única manera de que ningún Manuel Andrés que se acerque á mi tumba en mis aniversarios, pueda exclamar con justicia:

¡Qué espantosa soledad!

Sacudamos tarsantes

Sin estar cristalizada en nuestro cerebro la idea radical, la anhelamos, y sólo por ella ahora combatimos á todo lo que pugne con nuestras convicciones. Por esto somos intránsigentes; por esto nos rebelamos de idéntica forma contra nuestros ex- años, perversos roedores del progreso

humano, que contra nuestros propios prevaricadores, que en un tiempo fueron el acicate de conciencias dormidas, con el estímulo de una futura era de justicia, y en los presentes momentos se han transformado en cloroformizadores por medio de su retórica falsa y convencional, y no han levantado otra obra que evadir con disimuladas comedias sus compromisos ante los que pusieron ciega fe en sus prédicas de orientación.

El espacio de pocos días del presente año con sus múltiples incidentes políticos, han servido para poner de relieve la inercia, ineptitud y comedia de los principales prohombres republicanos.

Cuando mayor era nuestra esperanza: cuando creíamos llegada la hora de lanzar un mentis á los detractores de nuestra idea que nos creen incapaces de hacer revolución; cuando esperando la «orden» tan ansiada por nosotros y cacareada por los jefes republicanos, nos encontramos sumidos en el más grande sopor y postrados en una detestable calma que podríamos calificar de reaccionaria.

Con amargura reconocemos la cobardía que nos anima, porque, de lo contrario, haríamos humillar la cerviz de nuestros «redentores», que muy cómodamente estarán en un régimen de oprobios y esclavitud, cuando no alzan su voz y muestran su arrogancia sino al ver en peligro sus «curtidos» pellejos.

Nuestra cura tardará en conseguirse, sino sacudimos á los farsantes curanderos.

CANTACLARO

Bandera Roja (Reus).

Otra opinión

Párrafos de un artículo publicado en *Tierra Gallega*:

«A la hora precisa en que los liberales, temerosos de sí mismos, aconsejaban al rey que fuese él quien contuviera el empuje violento de las oposiciones; precisa- mente en los momentos aquellos en que la posición inclinada del régimen monárquico determinaba con más claros perfiles la necesidad imperiosa de que los republicanos nos uniéramos para dar mayor fuerza y más vigor á la personalidad política de nuestro partido, congregábanse aquí y acullá, los conjuncionistas en un punto, los unionistas en otro, los radicales enfrente, para exteriorizar en el discurso de los prohombres de unos y otros bandos, las grandes diferencias de opinión que nos separan y dividen.

Tenemos un instinto suicida. Ni ante la adversidad, que une á los hombres de ideas más opuestas, ni ante el triunfo, que es acicate del deseo y estímulo de la voluntad, se avienen y conforman nuestros procedimientos. Estamos siempre iguales: en lucha eterna contra nuestros anhelos de hoy, de ayer, de hace cuarenta años, cada día mayores y cada día más defraudados.

No le habléis á nuestro gran Melquiades Álvarez de entenderse con Sol y Ortega y con Lerroux; no le habléis á este último de comulgar en las doctrinas que predica el señor Sol; no le digáis á Sol y Ortega que ha de ser en las huestes radicales donde cristalliza y se forma y se moldea la República española. Ni éste, ni aquél, ni el otro, cederán un solo punto en sus contrarias, diversas opiniones.

Pero ¡he aquí el fenómeno singularísimo que ofrece nuestra fe en el ideal! Háles

bastado á los conjuncionistas con que el enemigo de siempre, el Trono, les sonría y les tienda su mano, para que algunos, muchos de ellos, se echen á cavilar si el transigir con las tropas liberales dinásticas podría ser conveniente á nuestro patriotismo.

No se explica ni puede justificarse de un modo razonado semejantes actitudes ni tales disposiciones. Que las fracciones del republicanismo no se avengan á una inteligencia mútua y vacilen y duden ante la inteligencia que les brinda el enemigo, es algo insólito, extraordinario, inconcebible é indisciplinable en sana lógica.

¿Qué razón puede haber para que si las izquierdas radicales y las derechas mansas de un partido no llegan á entenderse, siendo como es al fin y al cabo, uno solo el principio esencial de su política, pueda cualquiera de ellas inclinarse á una tregua de lucha con quienes son y han sido y han de ser siempre sea cual fuere la posición que adopten, defensores y sostén de un principio totalmente contrario?»

Las causas son las de siempre: los antagonismos personales, cada día más grandes, más tenaces, y más irreductibles.

¡Qué estupidez!

Me mandan de Teruel una Hojita con una lámina representando un Crucifijo, y en la que se lee:

¡Viva el Santísimo Cristo del Salvador de Teruel!

Devotos fieles de Teruel: El santísimo Cristo de los Milagros os invita á acompañarle en solemne y general procesión de rogativa el Domingo 9 de Febrero á las cuatro y media de la tarde para que, testificando públicamente nuestra fe y gremios de la infinita misericordia el beneficio de la lluvia.

No quede uno entre los hijos de Teruel que se niegue á tan justa y dulce invitación, antes bien, todos juntos y llenos de fervor y entusiasmo religioso, agrupados en torno de la venerada Imágen, gloria é historia de esta noble Ciudad, clamemos á una voz

«Santísimo Cristo del Salvador, ten misericordia de nosotros.»
Febrero 1913.

No he visto estupidez mayor en mi vida. El cura, el fraile ó el beato á quien se le haya ocurrido, puede alabarse de que ha batido el record.

¿De modo que, necesitando pedirle al Cristo de los Milagros que lloviera, se simula que él mismo es el que hace la invitación á los fieles para que se lo pidan?

Si no fuera, como he dicho, una estupidez, sería una profanación del Santo nombre de Cristo. Y hasta pudiera ser causa de que alguien lo escarneciera.

Porque supongamos que la rogativa se celebra, y que no llueve.

¿Qué opinarían los fieles de Cristo, si después de haberlos invitado á que le hagan la petición no se le concediese?

Los señores clericales cada vez más animales.

EL MOTIN



HAZAÑAS REALIZADAS POR LOS "REQUETES" EN LA SEGUNDA GUERRA, QUE SE PREPARAN A SUPERAR LOS QUE SE HAN FORMADO AHORA.

Ayuntamiento de Madrid

El clero en el Cuerpo de Archiveros

Un profesional muy competente, el señor Mir, de Barcelona ha dado la voz de alarma sobre la invasión que el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios del Estado está sufriendo de parte del clero.

Achaque viejo es este. Apenas se halla el centro de esta indole en donde no aparezca el consabido bonete y la consabida sotana, cosa de suyo macabra, de gusto pésimo, de mal tono para el Cuerpo facultativo y sumamente peligrosa.

Mir ha atacado por un solo lado el peligro; otros hay, á mi ver, más importantes.

Por lo pronto, el clérigo y aun el católico, están *moralmente* incapacitados para todo cargo oficial del Estado: magistratura, milicia, hacienda, etc.

La razón de ello es clarísima. El católico (y más el clérigo) profesan como dogma social la sumisión del Estado á la Iglesia, y por ende la sumisión de todas las leyes civiles á las eclesiásticas. En Hacienda sostienen que la Iglesia fué despojada y tiene derecho á la *compensación secreta*; por lo cual todos los asuntos en que intervenga un católico, serán resueltos contra la ley pública en favor del clericalismo. El magistrado católico cree que el clero está exceptuado de su jurisdicción, y que comete gravísimo atentado al exigirle sumisión. Y así, en todos los casos, el empleado se halla en conflicto con su fe religiosa que le impone el desprecio de la ley civil, ó con el juramento que presta al tomar el cargo: conflicto que el moralista católico ha resuelto, diciendo que este juramento es nulo, como de cosa ilícita, y que en conciencia no puede ni debe ser cumplido.

Todo empleado católico es, pues, un agente del clericalismo en su empleo, que jura cada día, en cada acto de fe religiosa, traicionar la fe jurada al Estado, siempre y cuando lo exija su conciencia católica. Es un empleado de la Iglesia antes que del Estado. No puede servir leal y honradamente á éste sin condenarse al infierno y sin deshonorar á su Dios: ni puede honrar á su Dios sin despreciar y deshonorar el cargo del Estado. Y en cada conflicto se encuentra en este dilema: ó canalla religioso ó canalla político.

Traído este principio general al *cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios*, el conflicto se presenta del modo siguiente.

Aparece en el Archivo un documento que lesiona la fama eclesiástica, como son todos los documentos de algún valor en la historia de España. La honradez del empleo ordena al oficial conservarlo intacto como objeto sagrado; es el sacerdote custodio de la Verdad Histórica.

La Iglesia, en cambio, le ordena lo contrario: destruir todo lo que comprometa su fama, adquirida con la ocultación de sus nefandades y con la invención de mentidos prestigios.

En el conflicto entre ambas conciencias ¿cuál predominará? ¿la de católico, ó la de empleado? Si cumple como católico, es empleado prevaricador. Si cumple como empleado, es apóstata religioso, porque la Iglesia no admite distingos: «el que no está conmigo está contra mí.»

Las *Reglas del Índice* contienen toda la moral católica en esta materia. Al hereje no se le debe reconocer acto alguno me-

ritorio por heroico que sea, y hay que negarlo por más cierto que sea.

Al santo, adoptado por la Iglesia, hay que ensalzarlo aún en los defectos, por enormes que sean: y hay que negarlos por evidentes que estén. Sólo aceptando esta perversidad, el empleado puede ser católico y mantener la comunión con la Santa Sede.

Además de este conflicto permanente, suscita al archivero otro circunstancial más grave.

Acude al Archivo un crítico disidente conocido como tal; pide un documento favorable á sus ideas, y he aquí al *archivero católico* amenazado de la excomunión papal contenida en el *Syllabus* de Pío IX, lanzada contra los autores y sus *cooperadores, de cualquiera genero que sean*. ¿Qué hará el archivero católico? ¿Facilitará el documento, tragándose la excomunión y el infierno, según le ordenan los Reglamentos del Cuerpo y el oficio que la nación le confía y le paga?

No será ya católico. El está obligado á apurar todos los recursos para dificultar el trabajo: negar la existencia del documento primeramente; simular extravío, si el investigador tiene pruebas de la existencia y agasas suficientes para reclamar su exhibición; demorar la entrega; aburrir al estudioso por todos los medios posibles; en fin, *ganar el cielo* poniendo su oficio al servicio eclesiástico, faltando á todos los deberes políticos, socia es y de cortesía. Sólo así se libra de la excomunión papal, del *Syllabus*.

Estos conflictos, comunes á todos los católicos, aumentan de gravedad y de apremio en el clérigo. El simple seglar puede, al fin y á la postre, llegar á sentir la dignidad del oficio, la ley del honor y la *religión de la probidad*, fuera de las cuales toda religión es infame, villana y canallesca. Tiene libertad para consultar y formar su conciencia; una vez al año se ve obligado á dar cuenta de su oficio al confesor; la Iglesia no puede quitarle el empleo, ni procesarle, ni difamarle por cumplir con su oficio.

No así el clérigo. Este se halla atado á la Iglesia por el cúmulo de cadenas sociales, familia, amistades, reputación ministerial y otras de índole moral que forman cadena irrompible para todos los que no tienen alma de acero. Guza además de las «licencias ministeriales», que vienen á ser un segundo empleo disimulado; sus *misas* tienen valor oficial; sus responsos y sus absoluciones están afirmadas por el Tribunal Supremo, por las Cortes y por las bayonetas. Por su parte, el obispo que se pasa por donde le place las leyes civiles prohibiendo la multiplicidad de sueldos, y hace igual honor á los cánones prohibitivos del favoritismo, y omite en su política las leyes de la justicia equitativa y distributiva, el obispo—digo—hallará mil medios de *favorecer* al clérigo archivero con prebendas de esta ó de aquella índole, que forman un *plus* superior al sueldo.

De esta manera el clérigo archivero simultanea las dos carreras de eclesiástico y de bibliotecario: de oficial del Papa y oficial del Estado. La avaricia, la vanidad y las necesidades de la vida, le inducen á la infidelidad del empleo; y si acaso este asedio de estímulos no fuere bastante, quedale al obispo el recurso de cargar con él la *política jesuítica* buscando en su alcorba y fuera de ella un pelo que pueda dar pretexto á un proceso, á una difamación y al ridículo. Y por añadidura está «la in-

fluencia» dentro del mismo Cuerpo, que acabará por arrojarle de él, dejándole sin sacristía y sin archivo, sin clericalato y sin empleo.

He aquí cómo el clérigo está física y moralmente incapacitado para estos cargos.

No cabe omitir aquí un alegato especioso de los interesados y que seduce á no pocos.

Por punto general, los clérigos que se deciden por emprender carreras civiles, lo hacen con intención de emanciparse de la Iglesia y poner el puchero á salvo de la asquerosa arbitrariedad eclesiástica, críminamente consentida por el Estado.

La feroz persecución contra Verduguer Barona, Melis, Prat y otros (por no citar la lista), han hecho entender al clero inteligente, que el Papa y el obispo atacan al clérigo Paria en el garbanzo: *el hambre* es el verdugo con quien cuentan para arrastrar al hombre probo á ser villano: al consciente, á hacerse el asno; al pundonoroso, á perder la vergüenza.

No han dejado de ver que, á medida que la ferocidad papal propende desbocadamente á poder echar mano del verdugo-hambre contra el clérigo con mayor arbitrariedad, las carreras civiles propenden á sindicarse para exigir mayor respeto del Estado. Y he aquí una razón que olvidó el señor Mir. Buscan la *emancipación* y el derecho de poder echar á los pies del obispo el bonete, y á sus narices una higa.

Por esta razón, los Estadistas que se han preocupado de esta situación clerical, han defendido la necesidad de suprimir la segunda enseñanza de los Seminarios sujetándola á la Universitaria del Reino; ó á darle valor académico absoluto, con lo cual se lograría que todos los seminaristas inteligentes, al terminar el bachillerato, cogasen el manto y optasen por otras carreras.

Este sería el remedio eficaz contra la peste clerical. El sacerdocio quedaría á merced de los brutos, cuya brutalidad bastaría para hacerlo abominable á las gentes en cuatro días. No llegarían á clérigos.

Pero, después de ordenados ya, la emancipación es poco menos que imposible. Los mismos interesados que creen hallarla en la profesión civil, se engañan á sí mismos. El vino del cáliz tiene aquél sabor del que materialmente puede decirse lo que anfibiamente dice la Mística parda: «quien una vez lo cató, queda prendido en su apetito; y cuanto más bebe, más quiere beber.» Nada digamos del placer lúbrico del confesonario, cuyos refinamientos lujuriosos exceden toda ponderación. Ni hablemos del zambu limiendo de insuperable deleite que el fatuo halla en la predicación, y del otro deleite de coito colectivo místico, semejante al de las bailarinas sicalpáticas, que experimenta el dador de ejercicios espirituales cuya sicalipsis sólo podrían penetrar la Carmen Andrés y la Julia Fons, si asistiesen á ellos mirando de hito en hito la pupila del orador.

El clérigo que no supo en su ministerio sortear los peligros de este prostíbulo y que habitúa su sensibilidad á tales emotividades, queda hecho *clérigo in aeternum*. El cerebro le hace ver la ambición colmada; el estómago se le presenta con la satisfacción de la hartura; lo otro le hace sentir la nostalgia de tanto deleite prohibido á los profanos: Estado, sociedad, familia... ¡todo le ata á ser clérigo!

Y cuando llegado el caso de arrojar la sotana al obispo por tener seguro el garbanzo en el empleo civil, intenta ponerlo

en ejecución, todos los órganos internos y externo se agitan tempestuosamente, y el «empleado» es devorado por el «clérigo». El mismo se ha engañado.

Por esto la campaña del Sr. Mir. en ese punto de los *archiveros*, debe ser secundaria hasta recabar la incompatibilidad absoluta.

¿Sería una ley de intolerancia esta?

No: la solución es más radical. La incompatibilidad debe establecerse en cuanto al *ejercicio*. El clérigo que quiera ser archivero, debe ser forzado á renunciar á su clericalato.

Y en cuanto al uniforme... ¿á qué viene la sotana dentro del Cuerpo de Archiveros? ¿No dice por sí misma que allí está el *siervo del Papa*? Créese de una vez un uniforme peculiar del cuerpo, y obliguese á vestirlo á todos los empleados.

Es desentonado, de gusto pésimo y de mala sombra, eso de entrar en el Archivo á pedir por el *oficial archivero* y dar de bruces con el *clérigo*...

¿Es allí clérigo ó archivero?

Si clérigo... á la sacristía, ó á paseo; si archivero, huelga la sotana. Allí no se va á rezar, ni á confesar, ni á predicar, ni á cecitibear; la sotana estorba. Está fuera de su sitio.

Y al paso que vamos... ¡Oh dolor! El obispo de Madrid, presidente de la Junta de Artes é Industrias; el Padre Fita, director de la Academia de la Historia... De la noche á la mañana nos encontramos al Nuncio, jefe de policía, y al Arzobispo de Toledo, inspector general de Higiene.

S. P. O.

Bilbao clerical

Bilbao, la invicta villa, la heroica, la que sufrió dos cruentos sitios en las dos guerras civiles, la que se constituyó en único baluarte de la libertad en estas provincias vascas, cuando fué combatida con cruel saña por las hordas carlistas, ha sido de tal forma transformada por el *clericalismo*, que nada tiene hoy que recordar á aquella histórica ciudad cuya posesión tan tenazmente asieron las legiones del bárbaro absolutismo.

De la Bilbao de 1835 y 1874 no queda hoy nada; en la actualidad es Bilbao una gran y populosa capital de una actividad industrial y comercial asombrosa (gracias á los tesoros descubiertos en las entrañas de los montes que la circundan) pero vergonzosamente hay que confesar que todo su esplendor económico no ha servido políticamente más que para eclipsar el *lustre ó fama* que constituían un timbre de gloria envidiable.

Lo que no pudo conseguir el carlismo (en los dos sitios) por la fuerza de las armas, á pesar de los esfuerzos inauditos y actos de valor prodigiosos, lo ha alcanzado el *clericalismo*, que más cobarde, pero más astuto, ha empleado como único elemento para su conquista la *vaselina*.

Si, señores liberales, republicanos y socialistas: sólo con *vaselina* ha conseguido colarse en este pueblo el más absurdo y bárbaro sistema que la civilización y el

progreso rechazán como la más asquerosa é inmundicia calamidad.

El bárbaro *trabucaire*, el *facineroso caraca*, que fusilaba sin piedad, incendiaba y devastaba el país, ha sido reemplazado por el no menos facineroso y sanguinario *jesuita*, que con groseros ribetes de cultura (burda cultura que se enseña en la Universidad de Deusto) se ha ido filtrando en las conciencias sospechosas de estos aristócratas del dinero, que son los más groseros despotas que reinan y triunfan en este desdichado país.

No hace aún un lustro que las calles de Bilbao convertíanse en verdaderos campos de batalla donde sostenían encarnizada lucha dos partidos políticos, hermanos en el fondo y fin de sus principios neta mente de nocráticos; por arte del *jesuitismo*, que con astucia refinada fomentaba la contienda, republicanos y socialistas acometíanse con odio africano, disputándose el acta de un diputado!, dejando mientras tanto el campo libre á los satélites del *papa negro* que á sus anchas han elaborado, haciéndose por completo dueños de este emporio de riquezas que se extiende por ambos márgenes del Nervión.

El *clericalismo* está tan arraigado, su influencia es tan omnimoda y su fuerza tan poderosa, que hoy riesa á mandíbula batiante de sus enemigos, y como buitres satisfecho bate sus cortantes alas sobre el cadáver del pueblo, al que chupa su sangre y descuartiza á su placer.

A este lastimoso estado ha llegado la antigua invicta Bilbao, sin que baste á su salvación ni la tan alabada *conjunción* ni otro paliativo semejante, pues este pacto, ya tardío, sólo ha servido para poner de manifiesto la debilidad del republicanismo (triste es decirlo, pero es verdad), víctima también de la *vaselina*, porque aquí, excepción hecha de los socialistas y de los *quijotescos* radicales (perseguidos como perros rabiosos) aquí en Bilbao, repito, los republicanos también han sido víctimas de la infección de la famosa *vaselina clerical aromatizada de incienso*.

I. N.

Bilbao, 28 Enero 1913.

Los jaimistas... ¡¡Liberales!!

El gran Mella (1)

El eminente tribuno, el verbo de la tradición, el primer orador de España, el coloso del Parlamento...

Sería interminable si fuésemos á copiar la lista de adjetivos que *El Correo Español*

(1) Damos publicidad á estos interesantes de ahogos jaimistas; pero conste que el Sr. Mella nos parece superior á los llamados Carlos V, Carlos VI y Carlos VII; su única tacha es á ser jaimista. Salvada nuestra opinión respetamos el criterio del personaje tradicionalista que desde el extranjero nos envía estas cartas. (N. de la R. de *El País*.)

le dedica (no erijáis ídolos, dice D. Jaime) así preferimos empezar por ellos para estudiar después al hombre.

Los constantes lectores de la «Gaceta Oficial» del jaimismo, se figurarán á Mella como un ser superior, casi divino. El sumum de virtud, de honradez de patriotismo, de cultura, de talento, habrá correligionario (suyo, ¡eh!), que se santiguará con toda devoción ante su retrato, y tal vez algún cura le tenga colocado en la sacristía en espera de poder trasladarle al altar cuando llegue su beatificación...

En Cangas de Onís (Asturias) existe un puente romano de gran valor histórico y en buen estado de conservación; un solo arco de gigantescas proporciones sirve de marco á una vista maravillosa, que atrae al viajero que cruza el río Seila por el moderno puente de la carretera y le deja extasiado ante tanta belleza. El majestuoso puente está cubierto de hiedra, que parece abrazar con sus delgados tallos la mole caliza que generaciones pasadas nos legaron, y en todo aquel conjunto creí ver un símbolo del partido á que pertenece D. Juan Vázquez Mella, natural de la misma villa en que el magnífico puente se conserva.

Majestuoso como el gran tribuno, soberbio como quien conoce su valer, rodeado de hiedra que, como las masas carlistas, le conemplan embelesadas por los infinitos ojos de su admiración infinita... y mirando el carlismo por el arco de su elocuencia, una hermosa vista, un panorama ideal... Pero ¡ay!

El magnífico puente no tiene utilidad alguna, no sirve para nada, porque á dos pasos de él está el puente moderno de la carretera, por el que se cruza el río en horizontal, sin subir la empinada cuesta de los conceptos sublimes del orador.

La hiedra que le rodea y abraza, tapa las resquebrajaduras, precursoras de la ruina, que por todas partes se observan, como tapan las masas del carlismo la división que existe entre sus prohombres y las bajas pasiones que darán al traste con el partido.

El panorama de extraordinaria belleza necesita un punto de vista; precisamente el centro del puente moderno; como el carlismo necesita el encuadro de unos siglos para encontrar algo progresivo en la España de Carlos III...

Decía hace mucho años D. Alejandro Pidal: «¡Qué lástima que no sirva para nada un hombre de tanto talento!» Y era verdad; la penetración económica de don Alejandro, para buscar cargos retribuidos, vió lo que ha ocurrido con la anticipación de algunos años. No ha servido para nada. Como carlista no adelantó el triunfo de sus ideales; como particular no ha llegado todavía á ganar el pan sólo con su trabajo como lo consigue un peón de albañil.

Mella sin taquígrafos, hubiera pasado inadvertido para las generaciones posteriores, nada queda de su intelecto.

Ofrecimientos constantes de un libro, que nunca escribe, y... nada más.

Hace poco tiempo hizo una visita á don Jaime. Sólo conocía éste á Mella por *El Correo Español*, y se figuró un superhombre, organizó banquetes, excursiones, viajes; le presentó á todos los principales personajes austriacos y después que hubo abandonado Mella aquellos lugares para regresar á España, decía D. Jaime á un íntimo amigo.

«La verdad es que si fuese á juzgar de

mis partidarios en España por el que ellos llaman suprimera figura, sería cosa de pensar seriamente en renunciar mis derechos y hacerme republicano católico.

¿Para qué sirve á este hombre ese talento? Si en las reuniones no puede hablar con nadie sin intérprete; si desconoce en absoluto usos, costumbres y procedimientos de vivir fuera de España, si de política y de administración no entiende y da como irrealizables cosas hechas hace tiempo en otros países como en Australia, en el Japón y en la India...

Aquí en Madrid, en plena realidad, intentan sus partidarios hacer una casa, traer rotativas, mejorar el periódico y en una palabra, modernizarse.

Se abre una suscripción, pasan meses y años; consiguen empezar las obras y terminarlal, y Mella constantemente protesta, vitupera é insulta en la tertulia de su casa á los organizadores, censura despiadadamente en público á cuantos en la casa intervienen y la recarga el *boycotte*; no asiste á ningún acto que con la casa se relacione, prometiendo hacerla desaparecer...

Viene el legado Bulfy, recoge los 25.000 duros, y sólo por dificultar la gestión administrativa de *El Correo Español*, los retiene y ni siquiera los coloca donde produzcan interés.

La mejora del periódico no llega ni llegará, por empeñarse en sostener á su frente y en su confesión, antiuados señores, ¡que lamentan no se tire en máquina plana!

En cuanto á fomentar la organización del partido, auxiliar á la Prensa suya, nada. Asiste de año en año á algún acto para sostener *el fuego sagrado*, pero nada más. Le escriben pidiendo una carta y no contesta, le piden unas cuartillas y no las da, le piden un pensamiento y les recomiendan que lean un kilométrico discurso.

Y no habemos de pasioncillas. Porque no era jefe de la minoría en el Congreso formó una conjura en pleno Parlamento; por un desprecio de su R. escribió una insultante carta... á su jefe delegado.

No voy á calificar de s. berbia estos actos porque lo prezezan; pero sí puede calificarse de grosería, recibir la visita de un correligionario en su casa para darle un recado de D. Jaime, su jefe y señor, y no mandarle sentar, ni atenderle. E to es corriente con todos los que le hablen de la casa de los tradicionalistas. ¿Es que ya está cansado del autópico carisma el señor Mella? ¿No es ya jaímista?

Si no lo es dígalo claro y tendrá las consideraciones y puesto en los inútiles centros oficiales á que su talento le hace acreedor y para lo que tiene aptitudes, porque lo que es para jefe de un partido revolucionario...

ROCAMBOLE

El País.

ARTÍCULOS FIAMBRES

El 11 de Febrero

Llegó otra vez, y nos encontró divididos; pasó, y divididos nos dejó.

Hay algo en este día que lo asemeja al de Difuntos, en que se colocan por obligación unas flores sobre la tumba de la persona querida, se suspira por fór-

mula, y acabado el acto desaparece el recuerdo... hasta el año próximo.

Al salir del banquete, cada cual lleva formada la resolución firme de no ceder en sus intransigencias, y de mantener incólume su bandera.

¿Su bandera he dicho? Pues he dicho mal, porque bandera no hay más que una: la de la República.

Ma la palabra bandera me sugiere esta reflexión:

Cada regimiento tiene la suya, y por su honra y su gloria debe velar en primer término; pero todas, aisladas ó reunidas, simbolizan lo mismo: la patria.

Cuando se habla de hazañas realizadas en cualquier tiempo, no se dice nunca que las realizó éste ó aquél regimiento; se dice siempre: el Ejército español. Y de él es la gloria toda entera, aun cuando se distribuya después, dando mayor parte al que más hizo.

Unámonos todos los republicanos para luchar, y si vencemos, alcanzará más el partido que más haya hecho; pero la gloria será para la República.

15 de Febrero de 1885.

La paga del diablo

Después de sublevarse por la República y sufrir las angustias mortales del abandono, la fuga y la delación, el teniente González está en capilla para ser fusilado con Villacampa y otros compañeros. No se queja ni pide gracia, y aguarda la muerte con la serenidad augurata del hombre que ha cumplido un deber.

Va á dejar la vida, digno y honrado, pensando en que su sacrificio será fecundo para la patria, y que su nombre, transmitido á sus hijos, les servirá de ejecutoria de civismo, y acaso en el porvenir de talismán que les abra las puertas de un bienestar modesto.

Y pensando en esto, con la tranquilidad sublime del que se inmola por el triunfo de una gran causa, queda en reposo.

El indulto lo levanta de la tumba, y ¡oh qué bella debe ser en adelante la existencia, aun cuando transcurra en un presidio! Los respetos y las consideraciones de aquellos que le exigieron exponerla por la República, le compensarán sobradamente de las penitencias que le aguardan.

Y sale para el presidio con la frente alta y orgullosa, y en él permanece hasta que un nuevo indulto le pone en libertad. Y con el alma henchida de júbilo llega á Madrid, teatro de su valor y abnegación, recibe los plácemes de sus correligionarios, y se entrega durante algún tiempo á las dulces expansiones de la fraternidad política.

Desgraciadamente el sacrificarse por la patria no impide sentir necesidades imperiosas que no se satisfacen con felicitaciones, y, sin pan para sus hijos, acude hace pocos días á sus correligionarios

pidiéndoles una ocupación en que ganárselo.

Y ellos, que después de haberle lanzado á la lucha revolucionaria, se sacrificaron también heroicamente ganando puestos de concejales en reñida y costosa lucha legal, acceden solícitos á su demanda y lo citan para darle una colección.

¡Qué alegría siente el teniente González! Por modesta que sea, y con tal que le permita ir sosteniendo la vida, para ponerla si es preciso al servicio de la República otra vez, cualquier colocación le satisface. Así es que acude presuroso y aiborizado al Casino de la calle de Esparteros

Pero se queda estupefacto, mudo, al ver que le ofrecen... *jura plaza de vigilante de consumos*, á él, que era teniente del Ejército el 19 de Septiembre, que sufrió horrorosa y lenta agoría en la capilla é innumerables trabajos en el presidio.

¡Qué despertar tan terrible del sueño de gloria que tuvo al sublevarse! ¡Pensar entonces en la prosperidad de su patria, y empuñar ahora un fusil para proteger el impuesto de consumos que aniquila al Pueblo! ¡Desear batirse con los enemigos de la República, y andar á tiros con los mataderos! Y aun esto ofrecido por quién? Por los partidarios impenitentes de la revolución, que ahora son concejales. Y para que en este suplicio no falte el *inri*, aun tienen éstos que solicitarlo como favor de los monárquicos.

Decoroso es procurarse el sustento en cualquiera ocupación; pero ¿pasar de teniente á vigilante? ¿Haber tenido autoridad sobre hombres dignos, para ponerse ahora tal vez á las órdenes de un quidam? ¿Encerrarse en un cajón á la intemperie para defender el impuesto de consumos, mientras sus correligionarios pronuncian discursos en el amplio, cómodo y confortable salón del Ayuntamiento, proponiendo la erección de estatuas, cual si estuviéramos en tiempos bonancibles? ¿Exponerse á ver discutida su honra en una introducción fraudulenta? ¿Caer acaso en tierra de un balazo disparado en la oscuridad por un matutero, él, que pudo haber sido fusilado gloriosamente á la luz del día?

Si pensó en todo esto el teniente González al ofrecerle la monarquía la credencia de vigilante de consumos á petición de los revolucionarios del Ayuntamiento, de seguro que lucharon por asomarse á sus ojos las lágrimas que dejó de verter por su vida en la capilla de las prisiones militares de San Francisco.

12 de Septiembre de 1891.

El 1 de Febrero

No es la vez primera que lamento el que se celebren banquetes el aniversario de la proclamación de la República. Antes porque habla emigrados, y ahora porque el pueblo perece, siempre he opinado que no deberíamos celebrarlos.

Este año, sobre todo, los banquetes significan una contradicción y un insulto: contradicción, porque encajan mal con lo que repetimos á ca la instante de que España sucumbe; insulto, porque se lo inferimos, y tremendo, al Pueblo. Si hemos sostenido que la intentona de Jerez se debe al hambre, ¿vamos á hartarnos á la faz de los hambrientos?

Aparte de que esto se hace ya pesado, y to lo lo pesado está á dos dedos del ridículo. Llevamos diecisiete años comiendo el 11 de Febrero, pronunciando discursos á los postres, dándole á la monarquía dos ó tres meses de plazo, y permaneciendo el resto del año en la inacción.

Bien mirado, para ciertos republicanos la oposición, tal cual la hacen, no deja de tener encantos. Comen y beben el día del santo del jefe y le telegrafían ofreciéndole vidas y haciendas, sin perjuicio de no darle ni las unas ni las otras; solemnizan con otro banquete el 11 de Febrero; se adhieren á todo y protestan contra todo; se hacen nombrar miembros de las Juntas ó del Comité... Van á salir perdiendo en cuanto á distracciones el día que venga la República.

¡Las veces que en los discursos de los banquetes se ha proclamado la coalición, la unión y la revolución, y los enternecimientos que ha producido la palabra fraternidad! Mas ¡ay! que al día siguiente han vuelto las cosas al ser y estado que tenían antes del gaudium, y cada cual ha sostenido que su Dulcinea (éase su jefe) es la reina de la hermosura.

Esto no es propio de un partido en la oposición, que tiene víctimas, que se preocupa de la salvación del país y que aspira á implantar el reinado de la justicia. Falta seriedad aquí.

¿Queremos conmemorar dignamente el aniversario de la República? Celebremos mítins ó veladas en que expongamos, no lo que somos, que harto lo sabe ya el país, sino lo que haremos el día que estemos en el poder; y aun quizás sería más práctico decir lo que en ningún caso haríamos. Menos entusiasmos inocentes y menos bravatas ridículas; en vez de ¡vivas! á éste ó aquél hombre, llamamientos á la unión; y si al final pudiéramos decir que estaba hecha *para todo*, éste sería el primer aniversario digno de tal nombre.

Pero si nos limitamos á comer, beber y brindar á los postres, este 11 de Febrero tendrá la misma importancia que los anteriores: ninguna.

6 de Febrero de 1892.

Puritanismos

Los emigrados y presos acogidos á la amnistía, algunos de los cuales estuvieron en capilla por consecuencia de los sucesos del 19 de Septiembre, han acudido varias veces á los concejales republicanos, en réplica de que les proporcionen en el Ayuntamiento una modesta colocación que les permita sostener la vida que expusieron por traer la República.

Y á algunos de los concejales que se hubieran aprovechado del triunfo si los que hoy les piden un pedazo de pan lo alcanzan, les han contestado con una entereza y un puritanismo que los honra, «que ellos no se rebajan á pedirle un destino al *alcalde del rey*».

Almíro esa fiera independencia que nadie sospechaba, mas confieso que me siento incapaz de imitarla, acaso porque mi pobre mentalidad no está vaciada en esos troqueles de granito que dan á los caracteres la dureza del diamante, y que tiene poder suficiente hasta para hacer un héroe de un concejal.

Yo me explicaría que no pidiesen nada al *alcalde del rey*, si esa intransigencia viniera constante y absoluta, ó si al pedir el favor se ataran las manos de modo que no pudieran iniciar la campaña valiente que deben estar preparando, puesto que hasta ahora no la han hecho.

Pero cuando no es así; cuando algunos han dispuesto de destinos y se los han dado á deudos y amigos; cuando varios solicitan con insistencia del *alcalde del rey* que se cree en el Ayuntamiento una plaza de ingeniero de Minas á condición de que recaiga el nombramiento en el señor Cantalapiedra, republicano centralista; cuando esto ocurre, hay derecho á preguntarle á los concejales republicanos: «¿Por qué no piden ustedes un modesto destino para cada uno de los diez ó doce (pues no son más) emigrados que hay en Madrid y que no comen?»

Si la concesión pudiera obligarles á algo, sería en el terreno particular, nunca en el oficial; y no creo que el *alcalde* ofendiera á los concejales republicanos suponiéndolos capaces de vender su conciencia, no ya por esa pequeñez, por nada en el mundo; mas si lo creyere, en mano de ellos estaba desengañarle.

Comprendo que pedir á un adversario político un favor de esa clase cueste algún sacrificio; mas creo también que los concejales deben hacerlo en favor de aquéllos que no regatearon el de su vida cuando se les exigió; y mucho menos habiéndoles aconsejado que aceptaran la amnistía de un gobierno monárquico.

Por mi parte, si tuviera influencia bastante con cualquier ministerial, le pediría un modesto destino para cada emigrado; y en vez de considerarme rebajado, me creería más digno que nunca, por haber sabido vencer mis escrúpulos en aras del bien ajeno; y si hubiera comprometido á alguno á sublevarse, y mis circunstancias me impidieran ayudarle hoy, acudiría, no digo al *alcalde del rey*, al presidente del Consejo de ministros.

Cada cual puede y debe ser intransigente consigo propio: nadie debe serlo á costa de los demás, y menos concurriendo las circunstancias que en este caso.

27 Febrero 1892

¿Un sargento muerto? ¡Bah!

Pobre es el coche y escaso el acompañamiento del cadáver aquél que sacan del hospital.

¿Cómo se llamó en vida el desgraciado que ha muerto en el piadoso asilo de todas las desventuras?

—Federico Serna.

—¿Qué fué?

—Sargento del Ejército, que después de licenciado arbitrariamente tomó parte en los sucesos del 19 de Septiembre, y lo destinaron á Melilla, donde estuvo hasta que lo indultaron.

—¿Y cómo ha ido á parar al hospital?

—Por habersele agravado un padecimiento que adquirió en el presidio y carecer de medios para curarse fuera.

—¿Cuidar de medios estando en Madrid, residencia de la millonaria Junta directiva del partido que lo indujo á sublevarse?

—Sí, señor.

—¿Quiénes son esos jóvenes que lo acompañan?

—Berral, Castro y García, tres compañeros de desgracia, y Santos Pérez, íntimo amigo suyo.

—Su partido, el progresista, ¿no se habrá enterado de su muerte?

—Sí, porque se avisó al casino de la calle de Esparteros la noche antes de su entierro.

—¿Pero á lo menos pagarla los gastos?

—Ni un céntimo.

—De modo que Serna, después de exponer su vida, de estar en presidio, de carecer de recursos y de morir en el hospital, no ha merecido siquiera que le acompañasen cincuenta ó sesenta correligionarios al cementerio.

—No; se reservaban para mejor ocasión, que se le presentó unos días después con la muerte del malgrado Sr. Espinosa.

10 de Septiembre de 1892.

Recuerdo triste

—A'll viene otro emigrado—me dijo el ex capitán Casero, con quien yo estaba en unión de varios amigos en un café del boulevard Montmartre.—¿Quiere usted que lo llame?

—Sí—le contesté.

H zolo, y se acercó un hombre, joven todavía, de regular estatura, semblante noble, muy pálido y demacrado, envuelto en una levita muy raída.

Casero hizo la presentación.

—D. José Nakens... D. Julián Sanz, sublevado el 19 de Septiembre...

Cambiamos unas palabras de cumplido, y como se acercaba la hora de comer, Sanz se levantó para marcharse. Le supliqué que nos acompañara, accedió y entramos en un restaurant.

Le encargué del *menú*, y hubiéramos comido muy mal á no haberle yo rectificado cada plato. Tenía la mala costumbre de elegir por la lista de precios, y la torpeza de fijarse en los más baratos.

Quedamos citados para el día siguiente, mas no acudí.

Al tercer día tropecé con él. Se excusó como pude, pero accedió á que pasáramos juntos la tarde.

—Estoy enfermo—me dijo.—Hagan

ustedes pronto la revolución para que pueda morir en España.

Poco á poco fuimos intimando, y supe que, mientras el gobierno francés pasó un franco diario á cada emigrado, se había ido defendiendo. Pero después, con un real...

—¡Un real!

—Sí, eso recibimos.

—Pero D. Manuel...

—Hace dos años que no lo veo. Un día de mucha angustia leí en un periódico español que le habían enviado unos centenares de francos para los emigrados; fui á su casa, y al hablarle de ello, se incomodó. Me miró entristecido. No había tratado de ofenderle con mi pregunta.

Calló. Yo tampoco me atreví á hablar, pero algo murió en mí en aquel instante.

—Más tarde—continuó,—dirigi á *La República* un comunicado, que también firmo Soler (otro emigrado), solicitando la distribución de unos fondos. ¡Es tan exigente la miseria! Aquello dió pretexto á que se nos acusase de estar vendidos á la embajada. Míreme usted bien, y verá que me ha lucido poco la venta.

Y volvió la cara para ocultar dos lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Pero, en fin, no hablemos de esto. El día que haya algo, me avisa usted: con el importe del tren en tercera tengo bastante. Si hubiese tiempo, hasta iría andando, y bendeciría la bala que me tumbase sobre el suelo de mi patria.

Va íe de conversación.

Estuvimos juntos hasta muy tarde, y nos despedimos con un abrao.

Lo vi dos ó tres veces más, y al separarnos el día que regresé á España, sus últimas palabras fueron:

—«Procuren ustedes que yo no muera aquí.»

Esto ocurrió á fines de Abril del 90. Cuando en Septiembre volví á París, donde solo estuve horas, no pude ver á Sanz, pero supe que estaba peor.

A los pocos días recibí una carta suya, dándome las gracias por el recado que Casero le había dado de parte mía, y poco después otra, fechada en el hospital. Ambas las conservo como recuerdo de un hombre honrado y de un patriota.

Aíllá á fines de Diciembre murió.....

.....
¡Pobre Sanz! Me parece que aun le veo con su rítila levita abrochada, su roseta en el oja (que llevaré, decía, porque en Francia se pagan mucho de estas cosas, y así compensaba algo las deficiencias de su traje), animarse ante la idea de morir por la República, triste cuando hablaba de la causa de su rompimiento con el jefe revolucionario, y llevando en su rostro pintados el sufrimiento, el hambre, el abandono...

1.º Octubre 1892.

Un banquete

La Junta directiva del partido republicano progresista ha celebrado con un gran banquete en el hotel Inglés á los

republicanos extranjeros que han venido al Centenario.

Aplausos merece ese acto de cortesía, mas creo que lo hubiera engrandecido el invitar á los emigrados, especialmente al teniente González y los cuatro sargentos que estuvieron con él y con Villacampa en la capilla, á fin de que los extranjeros admiraran la estima en que aquí tenemos á los que por la revolución se sacrifican; y hasta por haber tenido un soberbio tema para sus discursos. El entusiasmo hubiera rayado en delirio, si un progresista se levanta y dice, punto más, punto menos:

«Estos que veis, ilustres huéspedes, presidiendo el banquete que tenemos el honor de ofrecerlos, son los que atestiguan con el sacrificio de su carrera, y en poco estuvo que no lo hicieran con el de su vida, la virilidad de las ideas republicanas; los que se libraron por horas de ser fusilados; los que han arrastrado la cadena en el presidio y sufrido hambre en la emigración; nuestros hermanos, en fin, que ocupan el primer puesto en nuestras alegrías por haberlo ocupado solos en el peligro, y con quienes partimos nuestro pan, creyéndonos muy honrados con que lo acepten.»

Esto, dicho al beber la primera copa de champagne, satisfizo el cuerpo y regocijó el espíritu, habría sido la nota patriótica, humana y grande que hubiera vibrado siempre en el corazón de aquellos extranjeros al recordar su viaje á España.

Y no sólo debieron convidarlos para darse importancia, sino por evitar (pues bien pudiera haberse dado el caso), que al salir del banquete un emigrado les tendiese la mano implorando una limosna, y los extranjeros hubieran entonces advertido cuánta y cuán dolorosa diferencia hay en esta nación hidalga entre los que impulsan á la revolución y los que son impulsados.

22 de Octubre de 1892.

El 11 de Febrero

Se preparan los banquetes de costumbre para celebrar el 21 aniversario de la República que nos regalaron, que no supimos conservar ni defender, y que no hemos sabido reconquistar.

Esto no es ya fe ni entusiasmo: es sencillamente necedad. ¿Qué caso hay de hacerme el país, si nos oye cada año decir á los postres de los banquetes, que aquél 11 de Febrero sera el último que celebraremos bajo el odiado régimen monárquico?

En política, pasar por inconsecuente, por reaccionario, por demagogo, por todo, en fin, no es tan terrible como pasar por tonto.

Y estamos en camino de no pasar por otra cosa, si no abandonamos de una vez y para siempre la ridícula rutina de realizar actos inútiles y pagarnos de palabras huecas.

11 de Febrero de 1894.

Más sobre los banquetes

¿Que no les ha gustado á algunos lo que dije en el *Suplemento* anterior acerca de la celebración de banquetes?

Me alegro, si bien hubiera preferido que, en vez de á algunos, hubiera disgustado á muchos, ya que con esa intención lo escribí.

Pero, vamos á ver: ¿qué razones hay para que celebremos banquetes el 11 de Febrero? ¿Qué hicimos aquel día para traer la República? ¿Qué sacrificios realizamos? ¿Qué luchas sostuvimos?

¿Es que se celebra el hecho de la proclamación? Aparte de que hay otros actos más serios para conmemorarlo, y que á los banquetes dejan de acudir muchos republicanos por no disponer de una peseta, quizás traería yo con que los celebrásemos el 11 de Febrero, si al llegar el 3 de Enero de 1874 nos reuniéramos á llover públicamente nuestra vergüenza por habernos dejado arrebatar la República sin intentar siquiera defenderla.

Opino, pues, que deberíamos suprimir en adelante la celebración de banquetes el 11 de Febrero, á no ser que nuestra buena fortuna, ó Santa Rita, hiciesen que para el próximo hubiera llegado el cumplimiento de las profecías que hacemos todos los años en esa fecha tan propicia á las indigestiones y á los entusiasmos de sobremesa.

18 de Febrero de 1894.

El 11 de Febrero

Los muchos banquetes que celebramos los republicanos ese día, han dejado tambaleándose el edificio monárquico.

Celebremos con el mismo entusiasmo, igual fe, é idéntica energía noventa ó cien aniversario como éste, y la monarquía, impotente para resistir tan terrible empuje, desaparecerá de España.

Constancia, pues: de los perseverantes fué siempre el triunfo.

16 Febrero 1895.

¡Ay del que cael

Al entierro del teniente González concurriamos pocos: escasamente ciento. Los coches no pasaron de quince.

El acto, triste en sí, resultó doblemente triste; aquel abandono de los republicanos hacia un hombre que se había jugado por la República la cabeza, y que por horas no la perdió, me produjo impresión penosa.

Miré por todas partes al llegar á la casa mortuoria, buscando á Pi, Salmerón, Azcárate, Petregal, Carvajal, Labra y tantos otros; mas en vano. Ninguno había ido. Verdad es que hacía mucho calor. No tanto, sin embargo, como el que abrasó patrióticamente el pecho del teniente González al salir del cuartel de San Gil con los soldados de Garellano el 19 de Septiembre.

Santa Marta, Mur, S. I. R'spa, Rubaudonadeu, Gissanz, Hidalgo Sruveda, estos sí estaban allí; y Prieto, y Casero y

otros militares que se sublevaron con González aquella noche. A los demás no los cito, por ignorar los nombres de casi todos, pero á todos los saludo con respeto y los juzgo honrados de corazón.

El cadáver del teniente González fué depositado en el carro fúnebre por los que hubieran caído con él en la misma fosa, si no los indultan: los exsargentos Berna, Gallego, Homachea y Castro. No recibirá el cadáver de ningún republicano honra mayor.

Una vez en marcha el cortejo me asaltó esta idea: ¿Es posible que la mayoría de los hombres significados en el partido republicano lleven su indiferencia hasta tal punto con el que cae en la lucha? Pero lo deseché pronto, recordando que há poco, el que no pudo ir á Burgos, envió persona de prestigio que lo representara. No era, pues, indiferencia; era desdén hacia el muerto que acompañábamos.

Bien mirado ¿quién era él? Un oficial del Ejército que, teniendo carrera honrosa y porvenir seguro, se sublevó por la República, y fué vencido, sentenciado á muerte, é indultado; que pasó después varios años entre Fernando Pío y Melilla; y que al quedar en libertad por una amnistía, vino á Madrid, pasó mucha hambre, se vió agraciado con una plaza de vigilante de consumos, y después creo que estuvo empleado en un hospital para no morir de pronto; total, nadie. Para esos señores se entiende; para nosotros era un aristócrata de la revolución.

Claro es que si hubiera triunfado, los que dejaron de atenderle en vida y le despreciaron en muerte, se habrían aprovechado del triunfo; pero como fracasó... Debe ser cosa muy fácil y corriente estar en capilla, cuando tan poco ha merecido ese que estuvo.

Esto contrista y descorazona. Partido que no atiende ni honra á los que por él se sacrifican, y mientras más oscuros, más, no tiene derecho á exigirle á nadie sacrificios.

Antes se entendían estas cosas de otro modo.

6 Julio 1895.

El 11 de Febrero

He combatido en años anteriores la celebración de banquetes, como lo combatí en este.

Y creo que nos ponemos en ridículo, más aun de lo que estamos, conmemorando una fecha en que nada hicimos sino aceptar, para perderla á los diez meses, la República que nos regalaron.

Partido que nada verdaderamente serio ha hecho en 25 años para tener una fecha gloriosa que conmemorar en vez de esa, no le estaría mal abusar en este día de la virtud del silencio.

12 de Febrero de 1898.

El 11 de Febrero

Mientras la mayoría de mis correligionarios se prepara a conmemorar el xxxiii

aniversario de la proclamación de la República, proclamación arrancada al miedo de los monárquicos, no impuesta por heroico esfuerzo, ya piense, no sólo en los miles de hombres que han perecido en esos largos años, confiados en ver restablecida la República en el próximo, sino en los engaños y las tristezas con que bajaron á la tumba muchos.

Y recuerdo á los militares que se jugaron por la República su carrera, que perdieron; su vida, que algunos no salvaron; el pan de sus hijos, que muchos no volvieron á encontrar.

Y no me olvido de tantos hombres como se ven por esas poblaciones pequeñas viajados, arruinados, perseguidos; ni de tantos inteligentes descorazonados; ni de tantos esforzados abatidos.

Y á la vez que al pensar en todo eso me acometen grandes tristezas, despiértanse en mí indignaciones profundas, al considerar que pasa el tiempo sin enseñarnos nada, y que hoy nos encontramos con las idolatrías de siempre, y cuando á los charlatanes, perdiendo energías en empeños baladíes, preocupándonos más de lo que haremos mañana que de lo que soportamos hoy, deteniéndonos ante escrúpulos nimios que nunca tuvieron los que trabajaron por la redención de un pueblo, dándole valor á pequeñeces para usarlos de avanzar y apartando de nosotros á los que necesitamos para subir; viendo á los que elegimos por mejores concertarse con los monárquicos, acomodarse al medio, tomar parte activa en la farsa.

Las fiestas de mañana deberían más bien ser duelos, porque demostrarán una vez más nuestra falta de fe, nuestra debilidad y nuestra cobardía.

«Un año más sin haber cumplido nuestro deber!» «Un año más de hambre y angustia para el Pueblo!» «Un año más de transigencias y acomodamientos!» «Un año más de consentir atropellos, ilegalidades, inmoralidades!» «Un año más de soportar resignados el yugo del caciquismo y del clericalismo!»

Esto es lo que deberíamos decirnos mañana avergonzados, en vez de lanzar los estereotipados vivas, que anticipadamente escuchan; las jactancias ridículas, que ya oímos; las amenazas tremebundas, de que ya siento los risibles ecos...

Y decirnoslo, para formar el propósito, pero de verdad, de hacer cuanto en nuestra mano estuviere á fin de que el año próximo, al llegar esta fecha, no tuviéramos que pedirle á la esperanza lo que hasta aquí hemos tenido que extraer del recuerdo...

Y entonces, entonces si que podríamos con razón y con justicia recordar nombres, ensalzar víctimas, glorificar mártires, y arrodillados ante sus tumbas, decirles:

«Vuestros sacrificios no fueron estériles. Perdonadnos si hasta este año no hemos venido á honraros como merecía.»

10 de Febrero de 1906.

En cuaresma

Estos consejos piadosos no son para impios, incrédulos, materialistas ni ateos son para los verdaderos hijos de Dios...

Estamos en el santo tiempo de Cuaresma, y pasadas las locuras del Carnaval, á que os habéis entregado tanto los profanos como los cristianos y los curas, preciso es que tengáis juicio y os dispongáis á una vida de penitencia.

La Iglesia os lo ha dicho, en latín y todo: *Memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris*. Estas palabras, según un clérigo rural, significan: «¡Aguárdate un momento, que te voy á desmenuar como el polvo de las eras.»

Antes de que se me olvide, os advierto que la mayor profanación que puede cometerse en la Cuaresma, es asistir al baile llamado de *Piñata*, cual muchos de vos otros lo habréis hecho, porque es burlarse del santo precepto de una manera escandalosa; aparte de que todos los bailes son perniciosos.

Me diréis que hay muchos jóvenes bailarines por naturaleza y gracia—esto es, que bailan con naturalidad y tienen mucho salero bailándose,—v que estos tales no pudieron resistir los halagos de la diosa Terpsicore, porque se lo pedían las piernas como la boca el comer. Todo puede conciliarse en este mundo, hasta la ciencia con la fe. ¿Tenían ganas de pegar brincos? Pues que se hubieran encerrado en su casa, y allí, sin escándalo de los fieles, habrían podido hacer piruetas hasta cansarse.

He dejado para lo último—y no á humo de pajás—el asunto de las vigiliias, ayunos y abstinencias. En cuanto á las primeras, sabed que peca mortalmente el pobre que adereza unas patatas con tocino, y en cambio hace obra laudable el que pesca una indigestión de merluza, salmonete, lar gasta, etc. Respecto al ayuno, debe ser con arreglo á la salud de cada cual, teniendo presente que á Dios no le gustan las barbaridades por muy católicas que sean.

Hubiera tratado de las abstinencias al tratar de las vigiliias, pero no es lo mismo abstenerse de comer carne que guardar *abstinencia carnal*.

Esto no está muy claro, pero, en caso de duda, preguntádselo á cualquier presbítero, pues todos ellos están enterados del asunto.

1887

Glorias del carlismo

Se ha puesto á la venta la tercera Hojita. Representa la lámina el saqueo de Cuenca por los carlistas, en 1874.

Precio: Cincuenta céntimos el ciento.

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

Ya hemos dicho que el de Constancia proclamó la libertad matrimonial del clero.

En Francia fué peor. Los obispos y los abades reunidos en Concilio, declararon que los decretos del Papa eran opuestos a la razón, y que el celibato que quería imponerles era opuesto a la naturaleza humana.

El bonachón de Gualterio, abad de Pontoase, fué el único que opinó en favor del Pontífice; pero nunca tal hiciera! Al momento se levantan contra él todos los asistentes, le arrojan fue a del Concilio, le arrastran por la ciudad, le golpean, le abofetean, le escupen a la cara, y no le quitan la vida, merced a la intervención de algunos nobles seglares.

Yo comprendo y disculpo hasta cierto punto aquellos actos, un tanto descompuestos (digámoslo así) de los obispos.

Me figuro lo que quebrantarían sus corazones las lágrimas de las obispas amenazadas por el Papa de arrostrar una viudez artificial; la orfandad que temerían para sus hijuelos, obispos en ciernes...

Hágase usted los cargos y no sea de piedra, lector nubil, sin que deje de admirar por eso la poesía y las glorias del episcopado en los buenos tiempos, que ya hemos convenido en que lo fueron todos menos los nuestros.

Pero, ahora que lo recuerdo: he dicho lo de Pontoase y no he dicho lo de Poitiers.

Allí sí que hubo una escena magnífica para un cuadro. ¡Ah, ya no encuentran hoy las bellas artes argumentos tan propios para ostentar sus glorias!

Pues, señor, en Poitiers, los legados del Papa desistieron al obispo; mas él, ó tranquilo en su conciencia ó careciendo de ella, no se dió por entendido y siguió obispando como si tal cosa.

Entonces uno de los legados dijo: ¿sí? yo te comprendí.

Seamos exactos: no dijo textualmente esas mismas palabras; pero dijo una cosa equivalente y la dijo en latín, por supuesto.

En prueba de ello, reunió un concilio para juzgar al obispo; y apenas estuvo el concilio reunido, penetran en la sala los soldados del pastor de las almas, vociferando contra el legado y amenazando a todos.

Ellos se recogieron las faldas para echar a correr; pero a tropa, que tan pocas ocasiones tenía de haberse las congenite de tanto rumbo, pasó de la amenaza al insulto, y de los insultos a los golpes; de modo que los prelados, rezando y corriendo, recibiendo palos y dando trompicones, tuvieron que huir a esconderse; no

Isabiendo qué deplorar más, si el escándalo que habían dado, ó las magulladuras que habían recibido.

Y cositas así, buenas para láminas, sucedían muchas entonces.

Si hubiésemos de citar todos los lances semejantes con sus principales accidentes, fatigaríamos la atención y la paciencia del lector, por cuyo motivo renunciemos a satisfacer el deseo de ir acumulando aquí noticias de la misma especie.

¡Oh, pero para en silencio lo que entonces mismo ocurrió con el arzobispo de Reims, eso sí que no!

Lo que es ese paso lo he de referir, aunque sea en epítome y volando.

Es muy curioso. Es tan curioso...

Pero mejor es demostrarlo narrándolo.

El arzobispo de Reims había alcanzado su metropolitana mitra a fuerza de dinero; y para resarcirse de los gastos que había hecho, arrambló con los fondos y rentas de la Iglesia.

Me parece que lo cuento deprisita y claro.

El arzobispo se llamaba Manasés; era hombre de raza noble, de aquella nobleza que tan bien sentaba a nuestros antepasados; era altivo, tenía aquella altivez que nos reprende el catecismo a los legos plebeyos, pero que tanto ensalza y rodea de prestigio a los príncipes; era amigo del fausto, de ese fausto sin el cual los tapiceros, joyeros y la industria en general perecerían, y era hombre de lógica tan severa, que en aquellos tiempos que se dicen atrasados, llegó a hacer el siguiente raciocinio: el arzobispado de Reims sería gran cosa, si el arzobispo no estuviera sujeto a la penosa obligación de cantar misa.

Así lo refiere la Historia.

Esto sucedía en el año de gracia de 1077.

Pues bien; corrieron ciertos rumores contra dicho arzobispo. El Papa despachó un legado para que entendiera en el asunto, y el legado reunió un concilio en Autun.

En aquel concilio, el clero de Reims pasó por el disgusto de tener que acusar a su arzobispo de simonía y usurpación de los bienes eclesiásticos.

Las acusaciones eran tan graves y parecían tan fundadas, que el concilio hizo saber al arzobispo que debía comparecer ante él para justificarse.

Como el buen arzobispo no estaba acostumbrado a comparecer, y por otra parte, no había encontrado en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento una sola palabra que profetizase a aquella intimación, no se dió por entendido.

El concilio, al verle desobediente, le suspendió de su empleo; pero como Jesucristo no dijo nunca «dejad de sed pas-

tores», sino sedlo (*pasce oves meas*), el prelado prosiguió apacentando los borregos de Reims, como si nadie le hubiera depuesto; y en cuanto a los canónigos, que habían declarado contra él en el concilio, les confiscó los bienes y prebendas, para enseñarles a hablar mal de sus superiores.

Como entonces la Iglesia tenía aquel esplendor y fuerza de que nos hablan todos los que quieren hablar de ello, aquel estado de rebelión del arzobispo sólo duró tres años.

En efecto, en 1080 se reunió un nuevo concilio en León de Francia para juzgarle, cuyo concilio volvió a llamar al arzobispo para que diese cuenta de su conducta.

El arzobispo quería que la cosa se despatchara en familia, sin escándalo, y sobre todo de un modo decoroso para la alta dignidad que ejercía.

Animado de estos nobles deseos fué a ver al legado del Papa y le dijo:

—Yo no soy hombre para andar en cosas de justicia; pero tengo algún dinero fruto de mi laboriosidad y economías. Además soy un caballero de noble raza, soy príncipe de la Iglesia, y no es conveniente que se desprestigie la esposa mística de Jesucristo con chismes y bachelillas de cuatro canoniguillos muertos de hambre.

Un legado pontificio y un arzobispo, deben proceder de acuerdo. Por consiguiente, yo estoy dispuesto a entregáros 300 libras de oro y a regalar espléndidamente a las personas de vuestra servidumbre, con tal que se me conceda justificarme de esa acusación, jurando yo y seis sufragáneos míos designados por mí, que soy inocente de los delitos que se me imputan.

Me parece que esta formalidad debe bastar, tratándose de una persona como yo, y aún digo que si se me declara inocente sin más formalidad que mi juramento, en vez de 300 libras de oro, estoy dispuesto a dar mucho más.

El legado era un tal Hugo, obispo de Die, que no tenía mundo ni sabía guardar las formas, y se negó a la proposición de Manasés, de modo que no tomó el dinero y le hizo declarar otra vez cesante, pero, sin embargo, aun le abrió camino para que se justificara bajo ciertas condiciones.

A pesar de lo cual, Manasés seguía arzobispando y siendo el jefe espiritual de aquella famosa metrópoli. Item más; se condujo con una altivez que no fué del agrado del Papa, a cuyo Papa le sucedió aquello que nos sucede a los simples mortales cuando estamos cargados hasta no poder más, por cuya razón declaró definitivamente depuesto al arzobispo.

(Continuará).